Astillero y edificio de los Mendieta a principios del XX. Foto de Vicente Salinas

# Maritxu Salinas

Manu Ugartetxea

**El barrio del astillero**

Vivíamos de críos de alquiler en la casa que Ramón Mendieta tenía al final del parque, a las afueras del pueblo por la carretera de Ondarroa. Ramón vivía más abajo, en la casa pegada al malecón y junto a ella tenía el astillero. Su mujer se llamaba Nemesi y no le queríamos tanto como a él porque nos reñía. La preferida de Ramón era mi hermana Elena. Quería Mendieta que uno de sus hijos, Andrés, un chico muy simpático, estudiara medicina para casarse con mi hermana. Andrés murió joven. Mi hermano Isidro, ya de médico, le examinó, vio que tenía algún problema en el riñón y pronosticó que no iba a durar mucho. No se equivocó. Ramón tuvo alguna enfermedad del hígado y el médico le mandó que se sentara en el malecón a ver pasar las aguas de la ría. Medicinas de entonces.

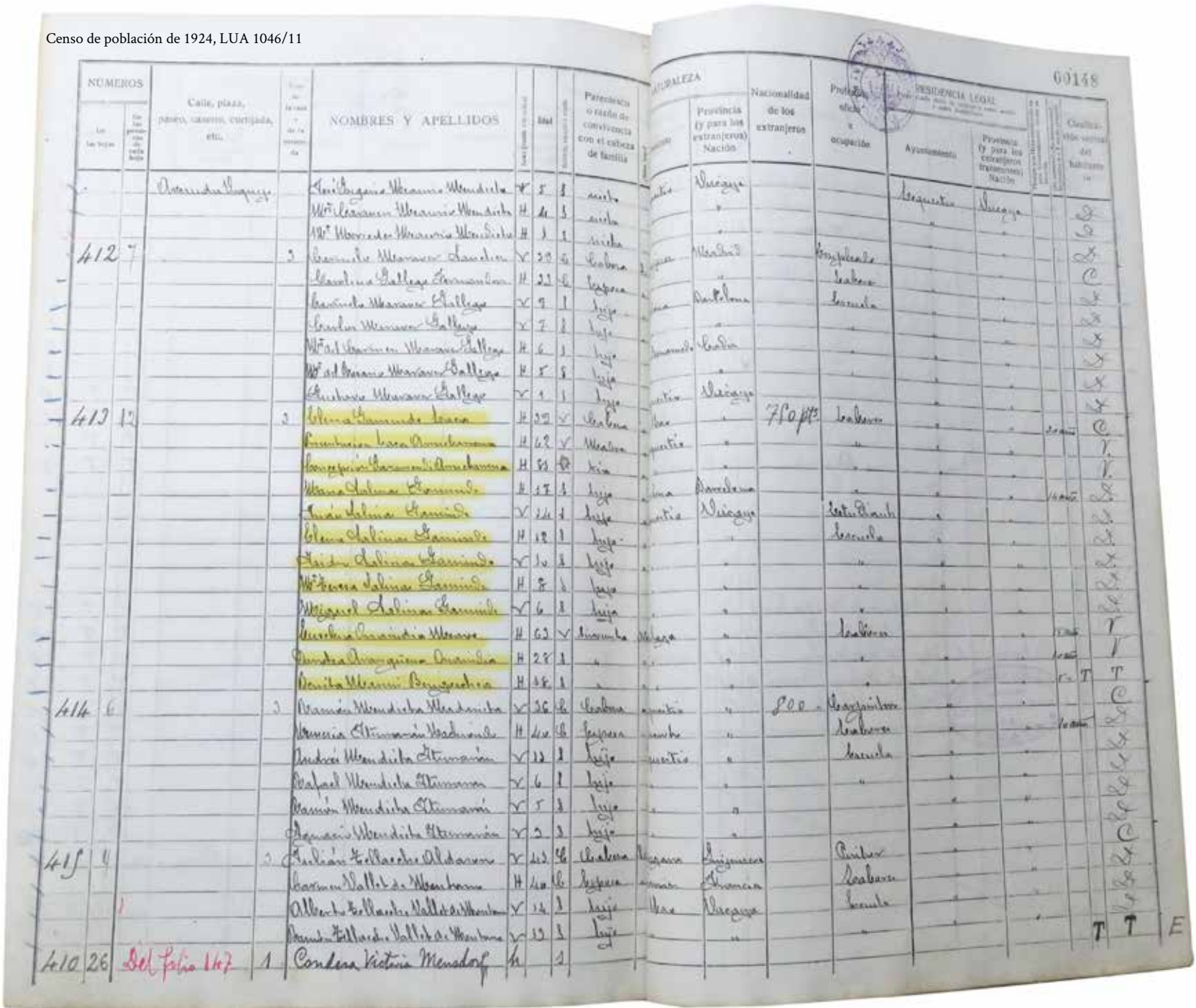
Le gustaba a Ramón que mi hermana Elena le acompañara mientras comía. Tenía una cocina más alta que lo normal, encima de la cual colgaba un puchero de cobre sostenido por unas cadenas. Recuerdo debajo de la casa de los Mendieta, en el sótano, una estancia donde almacenaban trastos y cachivaches. Entre ellos había alguna bañera rojiza que vendría de algún establecimiento de baños de mar que anteriormente habrían tenido allí.

Mendieta nos dejaba jugar en el astillero con las tablas y las herramientas poco peligrosas. A lo largo de todo el astillero a cierta altura estaba "*el plano*" donde tenía Ramón dibujadas a tamaño real todas las piezas de los barcos, como patrones de las costureras. En el plano jugábamos cuando llovía. En el astillero seguíamos la construcción de los barcos. Lo primero que hacían era la espina dorsal de madera dura, de adelante a atrás. Las costillas las recortaban en el plano con los patrones que tenían dibujados en unas hojas enormes. Las acababan con un remate que se enganchaba debajo de la espina dorsal. Una vez puestas las costillas, forraban la distancia entre éstas con tablas. Para tapar las fisuras metían mechas de estopa embadurnadas de alquitrán, dejaban secar la brea y pegaban fuego a la estopa. A nosotros lo del fuego nos entusiasmaba. Cuando el barco estaba terminado venía la ceremonia de la monjorra. Se colocaba una rama de árbol sobre la cubierta. También ponían una rama sobre los tejados cuando terminaban de construir una casa. La rama en el barco indicaba si iba a haber comida o no. Si la había, antes de la botadura, los que habían participado en la construcción del barco, celebraban en la cubierta una comida o una merienda. Nosotros nos dejábamos caer por allí a ver si pescábamos algo de comer. Al día siguiente, con la pleamar se botaba el barco, soltando con mucho cuidado las cuerdas que lo sujetaban, evitando que se inclinara demasiado a un lado o a otro, dando voces Ramón, aurrera, atzera. No me acuerdo si pasaban sobre el malecón o si daban la vuelta a la isla. Una vez en el puerto, entraban los carpinteros y los mecánicos a trabajar en el interior de la embarcación.

En la planta baja de nuestra casa de la playa estaba la aduana. Estuvo de aduanero un tal Jesús Muñoz Arancibia, pariente de los Larrazábal e hijo de una de Lekeitio. Se hizo íntimo de mis padres. Era muy músico. Con mi madre, que había tenido profesora de piano en París y que lo tocaba divinamente, con sus dedos llenos de sortijas, haciendo cla-cla mientras pulsaba las teclas, una Laucirica muy virtuosa con el violín y Pilar Manso, que cantaba como un ángel, organizaba veladas y encontraba el aduanero satisfacción a sus inquietudes musicales. La aduana de Lekeitio era de poca monta. Luego vinieron otros aduaneros, que solían juntarse con mi madre en la tertulia del toldo que teníamos colocado en la playa.

En el piso de la cuesta que baja a la playa vivían los Meaurio. Las ventanas de su casa daban por un lado de la casa al parque y por el otro a la huerta, donde hay ahora un frontón. Había allí un nogal estupendo. Los Meaurio tenían un hijo único, y su madre, que era Mendieta, no le dejaba jugar con nosotros. El padre era un guerniqués que había sido marino. El hijo siguió la carrera del padre y navegó por el mundo. Se dijo que en una galerna se ahogó por casualidad justo enfrente de Lekeitio.

Mi madre tenía una prima carnal que se llamaba Eloísa Gaminde. Solía visitarnos en la casa del astillero. Una vez que vino a vernos casi se muere del susto cuando vio a alguno de mis hermanos en el tejado de la casa buscando algún gato. Los gatos nos encantaban, sobre todo



Censo de población de 1924, LUA 1046/11

Elena Gaminde con sus cinco primeros hijos, c 1915

Maritxu Salinas (a la izda de la foto) con una amiga, c.1911

las crías. Por el astillero los había a montones. Ramón nos decía que el que encontráramos para nosotros. Allí andábamos entre los maderos persiguiéndolos. Era muy difícil coger uno.

Delante de la casa del astillero había un castaño. En cuanto las castañas empezaban a estar buenas, nos pasábamos todo el día comiéndolas crudas y asadas, siempre con las manos sucias por culpa de la moskola.

Ramón Mendieta tenía un criado que se llamaba Severo. Severo lucía unos mostachos muy al uso en aquella época. Recuerdo que pasó una temporada enfermo en la cama. Su cuarto estaba en la planta baja y como nosotros pensábamos que se iba a morir estábamos a todas horas asomándonos a la ventana para verlo. Severo, aburrido de nosotros, nos hacía señas para que nos marcháramos y le dejáramos en paz. Tiempo más tarde decidió partir a hacer las Américas. El día que se fue estábamos tristísimos y lo acompañamos en dirección a Lekeitio, llorando a moco tendido, a unos metros de distancia. Al llegar a la ermita de Santa Elena, avergonzado de llegar al pueblo con aquella procesión de viernes santo detrás, cogió una piedra, la levantó como si estuviera dispuesto a tirárnosla a la cabeza y de dos voces nos ahuyentó.

Maritxu Salinas y
hermanos con sus abuelos, 1912

**Tellaeche**

En la otra casa de la playa, enfrente de la de los Mendieta, vivía la familia de Julián Tellaeche, el pintor. Los Tellaeche eran dos hermanos, Julián e Ignacio. Su madre se llamaba Doña Ramona Aldasoro y provenía de una ilustre familia guipuzcoana.

La recuerdo de luto con una mantilla negra. Siempre estaba contando sus penas y era de lágrima fácil. Era una buena mujer.

Julián, el pintor, sería de la edad de mi madre poco más o menos. Estaba casado con una Vallet de Montano, hija de un francés que se había establecido como fotógrafo en Bilbao y había abierto una tienda en la calle Hurtado Amézaga. Cuando se casaron vinieron a vivir a Lekeitio, a la casa la playa. No llegamos a tener mucho contacto en nuestras correrías con sus hijos. A la Vallet, que era muy recta, no le gustaba que sus hijos se mezclaran con nosotros. Nosotros andábamos por la playa descalzos, comíamos a distintas horas, dependiendo del día, algunas veces por la tarde aún seguíamos con el traje de baño puesto. Los Tellaeche no. Vivían en perfecto orden.

La Vallet nos dio unas pocas clases de francés que a mí me sirvieron para toda la vida.

La gente que entendía de arte y tenía dinero en Bilbao compraba cuadros a Julián. Hay algunos preciosos. Para mí se repetía un poco, aunque algunos del puente de Ondárroa me encantaban. En una ocasión quiso hacer un regalo a mi madre y, como sus cuadros a él le parecían poca cosa, le entregó uno pintado por un amigo suyo de París, que es el de una pareja de gatos. Se hizo una muestra antológica de ese pintor (Steinlen) en el museo de Bellas Artes de Bilbao no hace muchos años. Hay ocasiones en que uno tiene oportunidad de comprar cuadros buenos por muy poco dinero pero que no los compra porque en ese momento justo le falta ese montante. Luego, años más tarde, se habla de esa cantidad como si se tratara de algo insignificante, sin tener en cuenta que en el pasado era una fortuna. Cuando se construyeron las casas de la carretera de Mendexa, que se conocieron pronto como la ONU por la cantidad de extranjeros que siempre han veraneado en ellas, costaron menos de trescientas mil pesetas que hoy no parecen nada pero que entonces había que tenerlas. Y además de tener el dinero te tienen que gustar los cuadros que ves y que te dicen que son buenísimos. Yo no habría tenido un Picasso ni regalado. Claro que cambió la moda y yo ya no comprendí a la modernidad.

Cuando desde el malecón veíamos un coche en la revuelta de Kurlutxu acercándose a Lekeitio, salíamos disparados a la carretera a verlo pasar. Era la época de esos coches descapotados, los hombres con gorro y gafas de piloto de avión y las mujeres con sombreros sujetos a la cabeza con gasas. En una ocasión a uno de esos coches le pusimos en la carretera una piedra y estuvo a punto de estrellarse contra la tapia de Santa Elena. El conductor tuvo que dar un volantazo. Bajó, hecho un basilisco, dispuesto a darnos una paliza. Tellaeche, que oyó el follón, salió como un relámpago a defendernos. Pero el hombre, más fuerte que él, le hizo retroceder. En eso subió a la carretera Nemesi, la mujer de Mendieta, empezó a dar voces y el conductor se montó en el coche y salió disparado Santa Elena abajo en dirección al pueblo. Tellaeche contaba esta historia, exagerando el genio de Nemesi. Tenía mucha imaginación y adornaba las historias. Me recordaba a un conferenciante de la época de Madrid muy feo, que creo que se llamaba García Sanchiz, aunque no estoy segura. Tellaeche había sido marino y había viajado algo, aunque probablemente bastante menos que lo que contaba. En las tertulias salían a relucir tigres, piratas y poco menos que sirenas. Tenía un don especial para contar las cosas que no se le podía negar.

EL PINTOR LEQUEITIANO

MAS MARINAS DE JULIAN DE TELLAECHE

El sol de mayo ha comenzado a atemperar las tardes bilbaínas. Quien estos días, al regreso de su paseo por el Parque—donde el perfume de las acacias en flor flota ya en la atmósfera tibia—, quiera añadir un nuevo encanto al goce primaveral, debe tomar el ascensor en el número 46 de la Gran Vía. El le conducirá, en el último piso, a un recinto claro y confortable: el estudio donde Julián Tellaeche celebra actualmente una interesante exposición de sus pinturas. Por este mismo y sencillo procedimiento de ascensión, el pintor lequeitiano ha subido allí todo el mar de nuestro litoral. De ahí el que esta su nueva colección de cuadros pueda anunciarse así: "Más marinas de Julián de Tellaeche". Pero... ¿otra vez las marinas?—se dirá—. Otra vez y otras cien. ¡Y las mismas! Toda labor de perfección lleva como sello el signo de la perseverancia. Sabido es que la esencia del mundo nos es inasequible; pero el esfuerzo perseverante, si el espíritu que lo rige es excepcional, puede llevarnos a gozar de su proximidad como una recompensa del Cielo.

El mundo plástico de Tellaeche es el mar y en él concentra el artista su atención, su predilección y su deseo. Mundo mágico poblado de irisaciones imprevistas e imprevistos tornasoles; nuevo cada minuto para la contemplación de quien sabe acodar su alma en el pretil de un puerto como en un extremo trasiaticio de la Tierra.

*Finis terrae* debiera ser, en efecto, la enseña de estos lienzos. Sólo una esquina de tierra en cada uno de ellos, la última, con el espacio justo para que este divertido "plongeur" dé ese brinco elástico y liberador que le sume felizmente en el mundo marino como una sumersión en el seno de la dicha. *"Que la vida es amarga un día y otro día—pensé. Mi corazón cubrióse de negrura—Mas amargo eres, mar, y pones alegría—azul y blanca sobre tu lecho de verdura."*

Pocos ojos humanos han sabido como los de Tellaeche—cierto también que hay pocos de tan esférica amplitud—deslizarse por el espejo misterioso del mar de nuestra costa y recoger las imágenes y los reflejos que lo pueblan. Las luces, el ambiente, toda la vital agitación que, como la brisa de la mañana estival, llena de rizos risueños su clara superficie, halla en el espíritu inteligente y afilado de este artista la cadencia justa y el orden adecuado. Y, sobre todo, esa atracción aventurera de las velas desplegadas, esa pulverulencia indefinible que se respira en el aire porteño, como bacilos de nostalgias imprecisas.

Ya lo sabe, pues, quien quiera añadir un nuevo encanto al goce primaveral. Gran Vía, 46. Exposición Julián de Tellaeche. (De 4 a 8 de la tarde.)

Euzkadi, 1928-5-2

Elena Gaminde con tres de sus hijos, su madre Presentación Laca y la aña Eusebia Onaindia en Zubieta, abril de 1912

Un acontecimiento lo constituían siempre los carreteros trabajando cerca de casa. Ponían unas calderas grandes al fuego para derretir la brea, luego la mezclaban con piedrecitas y la extendían por el camino. Cuando la brea comenzaba a secarse, pasaba la apisonadora con su mole cilíndrica que todo lo aplastaba. Los camineros solían pisar la mezcla con sus alpargatas para darles una segunda suela más consistente. Aquello nos encantaba y en cuanto podíamos subíamos con nuestras alpargatas a pisar la brea. Volvíamos a casa sucios de galipot que se limpia con mucha dificultad, lo cual solía costarnos algún que otro coscorrón.

En la casa de la playa teníamos al aña Eusebi y a su hija Dorote y también a María Alabatxu. María era de la calle Narea. Su padre, no sé cuántos Alegre, era encantador. Su madre, Dorote, era de Bermeo y de ahí cogió ella el sobrenombre de Alabatxu, pues las bermeanas siempre están llamando a sus crías alabatxu, alabatxu. Varios hermanos de María habían muerto en la mar; a uno de ellos yendo a la Madalena a Bermeo en un barco de vela, se le cayó encima el mástil y se quedó seco; otro, en San Vicente de la Barquera, entrando al puerto de mala manera en medio de un temporal.

Antes de que muriera mi padre entró en casa el aña Eusebi para cuidar de nosotros. El aña acababa de enviudar. A casa vino con su hija Dorote, ésta de cocinera. Tenía Eusebi otras dos hijas que fueron a servir a una casa de Bilbao. Colocadas todas, el aña cerró tranquilamente su caserío.

Con el aña hacíamos casi todos los días paseos y excursiones por la carretera de Mendexa. Junto al puente, en el camino de Zubieta, había un caserío de cuya aldeana se había hecho muy amiga el aña. Esta aldeana se llamaba Marija Zubiko. El aña en nuestra casa añoraba mucho el caserío y en cuanto podía iba de visita al de su amiga. En Bizkaia a los de los caseríos se les llama en castellano aldeanos; en Gipuzkoa, casheros. En nuestras excursiones parábamos primero en el caserío de Marija Zubiko. Nos daban de beber leche espumosa recién ordeñada. El aña solía coger un nabo.

Unas veces nuestros paseos llegaban hasta un agujero que hay en la roca un poquito más abajo de casa de mi hermano Isidro. El aña Eusebi siempre llevaba en los bolsillos de su delantal unos mendrugos de pan y una navajita. La abuela Presenta solía decir "*estos niños hambre no pasarán*". Junto al agujero el aña solía encender una hoguera con todos nosotros alrededor y en una ramita que cogía de algún árbol pinchaba un pedazo de pan, lo quemaba al fuego y nos lo daba para comer. Para nosotros aquel pan negro y churruscado era un manjar celestial. Al comerlo nos quedaba entre los dientes el polvillo del carbón. Otras veces íbamos más arriba hasta la fuente de la curva de Santa Lucía. Subíamos a los árboles a por manzanas. Eusebi mientras tanto cogía el nabo, y con la navajita, que sacaba del bolsillo, lo vaciaba por dentro dándole forma de vaso. Luego lo llenaba de agua en la fuente y nos daba a beber. Aún recuerdo el sabor a nabo de aquella agua.

El aña tenía una facha espléndida. Era por lo general elegantísima. Cuando tenía que ir al pueblo rizaba el rizo. Vestida de negro de los pies a la cabeza, se ponía encima del vestido un delantal blanco con encajes y se lo ataba por detrás con una gran lazada. Ella y Dorote eran muy limpias. Los dientes se los lavaban frotándoselos con ceniza. Les dejaba la ceniza los dientes blanquísimos. Siempre estaba en contacto con los aldeanos y se solía enterar de cuándo había peleas de carneros. Más de una vez nos llevó a verlas cerca de la taberna de Arropain. Tenían lugar en la carretera. Al aña le encantaban, pero a nosotros no tanto. Creo que también asistimos allí a peleas de gallos.

Ramón Solano nos regaló un setter irlandés precioso, Gorri. Vivió hasta la época de Madrid, y pasearlo por el parque del Oeste constituía la vuelta que dábamos todas las noches.

Tuvimos también un gato gris, viejo, entrañable, que se llamaba Morrón. Muy cariñoso, como adormilado. Mi madre iba todas las mañanas a misa y el gato la acompañaba por la acera del parque hasta la sacristía. Escondido entre los árboles, esperaba a que mi madre saliera de misa y volvía a casa con ella.

Miguel Salinas y Ramón Solano de caza, década de 1910

Maritxu Salinas con su padre, 1912

Maritxu niña de luto por su padre, 1919

El invierno en la casa de la playa se hacía especialmente triste. El ruido de las olas rompiendo por la noche contra los muros del parque se me ha quedado grabado en el alma como una huella de tristeza y de frío.

Durante los años de la primera guerra mundial se solían ver en el horizonte convoyes de barcos mercantes, acompañados por buques de guerra, camino probablemente de Bayona o de Burdeos. Eran los barcos de Sota, al que por esta labor en Inglaterra le dieron el reconocimiento de sir y a su mujer de lady. De vez en cuando los convoyes eran atacados por submarinos alemanes y alguno se iba a pique. Llegaban los restos a la playa. Una vez llegaron miles de cacahuetes, demasiado salados para ser comidos.

Yo tenía nueve años cuando se desató aquella terrible gripe que injustamente se conoció en el mundo como la gripe española. Causó más víctimas en Europa que la primera guerra mundial. En dos meses murieron en Lekeitio cincuenta personas, casi todas a resultas de ella. Mi madre estaba embarazada de su séptimo hijo, Miguel. En casa todos caímos enfermos. En la casa de la playa nos metieron a todos los niños en un cuarto. A mi padre, como se puso muy malo, lo llevaron al Campillo. Cuando la abuela Fabiana, que no se contagió, acababa de cuidar a los enfermos de su casa venía a la nuestra a visitarnos. Una mañana, Serapi, la aldeana de Baurdo que todos los días nos traía la leche en un cántaro sobre la cabeza, apoyado en el sorki, se asomó a nuestro cuarto y mirándonos con pena dijo: "*pobres criaturas*". Acababa de morir mi padre. No contaba más que treinta y siete años, y, aunque a mí se me ha quedado la imagen de que era un señor, no era más que un chaval con bigote. Yo que sólo tenía nueve años me olí lo que pasaba, me vestí y a todo correr me fui al Campillo. Era víspera de Nochebuena. Fueron días muy tristes para nosotros y en general para todo el pueblo, pues en cada casa había un muerto por lo menos. Por las noches los familiares de los fallecidos se llegaban a la playa chiquita con el colchón y las ropas de los difuntos y con ellas hacían enormes hogueras. Esos fuegos daban mucha tristeza.

Las casas de Santa Elena no existían cuando aún vivíamos en el astillero. En todo el camino por encima del parque, después de la casa del administrador del palacio, sólo estaba levantada la ermita de Santa Elena, a la que se podía acceder por dos escaleras, una frente a la otra, en el interior de la tapia. Nos daba un miedo horroroso el pasar por allí. Cuando íbamos de visita al Campillo a casa de los abuelos, al pasar frente a la ermita, mi madre nos escondía debajo de su capa. No sólo los niños temíamos lo que nos pudiera pasar en aquel lugar. Las muchachas también le guardaban mucho respeto y procuraban no pasar nunca solas. En una ocasión Dorote volvía ya oscurecido a casa de la tienda de Perucho a donde solía ir todas las tardes a charlar con sus amigas. Los que asistían a la tertulia de la tienda de Perucho eran por lo general de origen aldeano. Llevaba Dorote encima algo de dinero. Subía la cuesta a paso rápido cuando oyó que alguien se acercaba a ella caminando en dirección opuesta. Se detuvo y gritó: "*¡Alto! ¡Manos arriba*!". El caminante desconocido se abalanzó sobre ella y comenzaron a forcejear. De pronto dijo: "*¡Dorote!*". Era Julián Tellaeche, que se había llevado un susto tan grande como el de Dorote.

En la casa de la playa no había agua corriente. Muy pocas casas la tendrían entonces, pues aún no estaba hecha la toma de aguas para el pueblo. Las muchachas debían ir a por ella a una fuente que había donde ahora está la gasolinera. Llenaban un cántaro y apoyado en el sorki lo traían a casa sobre la cabeza. El sorki no era más que un trapo doblado de una manera precisa, para evitar que la cerámica dañara el cuero cabelludo. A los chicos les gustaba esconderse en las escaleras de la ermita de Santa Elena y aparecer de repente para darles un susto con la esperanza de que el cántaro se les cayera al suelo. También tenían que pasar por ahí cuando volvían con un balde lleno de hielo de la fábrica de al lado de la Cofradía.

Fabiana Arce Arruebarrena (1852-1936)

Familia Torregrosa y amigos en el jardin del palacio Torregrosa (Uribarren), 1901

Elena Gaminde con sus amigas, 1906

Victor Luis Gaminde Mazarredo
(1801-1870)

Elena Gaminde con su padre Eloy Juan, c. 1905

Santa Elena era el coco para nosotros. Eso y el sacamantecas. Todos los inviernos aparecía en Lekeitio el sacamantecas. Iba de pueblo en pueblo robando niños para chuparles la grasa y la manteca. Luego cuando les dejaba secos, colgaba los pellejos de una rama. Se le tenía un miedo horroroso en toda España y los niños creíamos firmemente en él. Al anochecer en invierno solíamos sentarnos en la cocina. Mi madre a esas horas estaba en casa de los abuelos de tertulia. El aña se sentaba en una banqueta delante de todos los zapatos de la casa a limpiarlos. Ésa era tarea de Dorote, pero su madre la asumía para que su hija pudiera ir al pueblo a hacer vida social en la tienda de Perucho. Jugábamos a tocarle al aña con la mano y salir corriendo antes de que sin levantarse pudiera atraparnos. Cuando se cansaba de nosotros nos decía que iba a llamar al sacamantecas y aquello nos paralizaba y dejábamos al aña sacar brillo a los zapatos en paz. La tarea de planchar también se la repartían el aña y su hija. Había dos tipos de planchas. Unas, se abrían y se les metía carbón dentro; las otras eran normales y se dejaban calentando sobre la plancha de la cocina. Planchaban muy bien las dos. En lo de diario no se esmeraban tanto, pero cuando tenían que vérselas con algún vestido almidonado se lucían. El aña estuvo con nosotros hasta que nos fuimos a Madrid. Dorote ya se había casado y el aña se jubiló y se fue a vivir con su hija.

Lo truculento nos encantaba. Hubo un asesinato por donde estuvo más tarde la taberna del riojano. Un hombre que era obrero en el horno de Quincoces llegó a casa antes de lo habitual y se encontró a su mujer en la cama con otro. La mujer intentó huir y el hombre la mató en la puerta de casa. Este asesinato nos hizo mucho efecto. Casi no podíamos pegar ojo por la noche.

De tarde en tarde aparecía algún ciego por Lekeitio, que se apostaba en un lugar público y empezaba a cantar algún crimen ocurrido en España. Cuando acababa sacaba unos pliegos rosas en los que venía escrita su canción en romance y los vendía a los interesados. No estoy segura de que el hombre cantor fuera siempre ciego. Nos dejaba, de todos modos, temblorosos. Cantaban también muertes de toreros. La musiquilla era para todas las canciones la misma. "*El cuatro de diciembre, de mil novecientos tres, salió a la plaza el torero,...*". Uno contaba la historia de un perro. Dorote se sabía todos los romances. Itinerantes como estos cantores eran algunos pobres que aparecían invariablemente todos los años. Una tal Moñonita nos visitó muchos años con su hija paralítica. Moñonita iba por las casas pidiendo o se ponía en la carretera y el que pasaba le daba una limosna. Era querida para todo el pueblo y nadie le negaba una ayuda.

Años atrás, creo que hacia 1904, se había cometido un crimen en Lekeitio, del que todavía se hablaba cuando yo era niña. Era el crimen del vinatero. El vinatero tenía su establecimiento en la calle Tendería y con frecuencia solía viajar hasta la Rioja Alavesa para comprar vino. En uno de estos viajes dejó al cargo de su negocio durante su ausencia a su criado Enrique. Salió anocheciendo carretera de Durango. Tomó un vino en la taberna de Arropain. El criado mientras tanto había montado en una de las caballerías y por un atajo había llegado hasta el barrio de Lais, que está a cuatro kilómetros de Lekeitio. Allí esperó a su amo. Cuando oyó el ruido de las campanillas de las acémilas, se puso sobre la cara un antifaz, y camuflando su voz salió al paso del vinatero y le dijo en voz alta: "*Alto, la bolsa o la vida*". El vinatero bajó del carro y sospechando quién era el asaltante se abalanzó sobre él, tratando de desenmascararlo. Pero Enrique, el criado, armado con un cuchillo, lo cosió a puñaladas. El criado arrastró el cuerpo sin vida de su amo hasta unos matorrales en la orilla del río Lea. Unas aldeanas que marchaban con su vendeja a Lekeitio descubrieron el cadáver entre las matas a la mañana siguiente. Dieron parte a la Guardia Civil que estuvo un tiempo buscando al criminal. Sólo gracias a un anónimo se pusieron sobre la pista del verdadero autor del asesinato, lo prendieron, confesó y fue al trullo.

Hubo un ladrón de aldeanos muy famoso por aquel entonces. Se llamaba Garay y era de Durango. Era un gran andarín, que conocía como la palma de su mano todos los contornos, lo que le permitía pasar de un pueblo a otro en poco tiempo, proporcionándose una coartada. Solía aparecer por las ferias y observaba quién vendía ganado o sidra o lo que fuese. Luego lo esperaba en el camino. También estaba al tanto de en qué caseríos se jugaba a las cartas, para asaltar a los jugadores cuando volvían a casa. Una mañana salió mi padre a dar una vuelta con la escopeta. Le gustaba mucho salir a pegar unos tiros con su perro. Por Santa Lucía se encontró con un hombre. Sacó mi padre un cigarro y le ofreció otro a aquel señor que lo aceptó, y estuvieron charlando amigablemente mientras se lo fumaban. Cuando se despidieron el hombre le dijo: "*Soy Garay, no diga usted que me ha visto*".

Mi padre guardaba en el cajón de la mesilla, que tenía la parte de abajo de cristal, una pistola. La tenía allí por si las moscas, por si alguien tenía la ocurrencia de entrar a robar. Nunca la tuvo que usar gracias a Dios. Tiempo después de su muerte, una noche que teníamos dinero en casa para pagar una obra que nos habían hecho, oímos cómo alguien intentaba abrir la puerta de la calle. A la puerta de la casa del astillero se accedía, como ahora, por unas escaleras de piedra exteriores, que trazaban una curva. (La casa, igual que el palacio y la de Orúe, la quemaron los rojos cuando iban a entrar los nacionales; era exacta a la actual, pero con un piso menos). El intruso tocó a la puerta. Mi madre, con mucha sangre fría, cogió un pedazo de alambre y empezó a darle vueltas uniendo el picaporte y el cerrojo. Estuvimos en vilo. Pasó un rato sin ruidos. Parecía que el hombre se había ido, pero nos daba miedo que estuviera agazapado en las escaleras de fuera esperando que abriéramos la puerta para caer sobre nosotros. En eso pasó por delante de casa el padre de Paulo Andia, que vivía en el caserío que hay frente a Zubieta, al otro lado de la ría, y que se llama Tellería. Le llamamos desde la ventana, miró en las escaleras comprobando que el hombre se había ido y nos quedamos tranquilos.

Maritxu con los Larrea, c. 1915

**La playa**

Cuando yo era niña no se iba a la playa como hoy en día. Entonces no iba nadie. La playa era para nosotros, que crecimos allí salvajes como gaviotas. Nuestro territorio, más que la playa, era la zona del malecón, que entonces se llamaba murallón, y de la ría. De estar todo el día en la playa y en el agua, teníamos los brazos con una costra de salitre. Izaguirre, el médico, decía que eso era una defensa natural para el invierno. Era una costra muy positiva y aún hoy creo que me defiende de las gripes y de las epidemias. En la playa no había ninguna caseta. Sólo la de mi madre. Era una caseta con dos torres, una roja y la otra verde. La había utilizado Isabel II cuando después del exilio pasó algún verano en el pueblo, invitada por el Ayuntamiento para convencerla de que interviniera a favor de la financiación de las obras de reforma del puerto. Cuando dejó de venir, se guardó la caseta en los sótanos del palacio del tío Jaime. Éste, viendo que allí no hacía más que estorbar, se la regaló a mi madre y ésta la colocó al final de la playa. Ante la caseta clavábamos al principio del verano cuatro postes bien metidos en la arena. Las muchachas por la mañana bajaban a la playa y colocaban el toldo amarillo y blanco a rayas que por las tardes guardaban en la caseta. El toldo quedaba unido a ésta, como hoy se unen a las rulotes las tiendas de campaña. Bajo el toldo ponía mi madre una mesita y varias sillas y allí celebraba su tertulia con los mayores. Nosotros no nos acercamos a esas reuniones hasta que tuvimos cierta edad. La caseta aparece en la fotografía que hay en el Lekueder, una de las más antiguas y sin duda la más bonita que hay de Lekeitio. Esa caseta la conservamos hasta finales de los años cincuenta y últimamente la compartíamos con los Canales. En invierno la desmontábamos. Como las torrecitas ocupaban mucho y no cabían en nuestra bodega, se guardaban en la cochera de Pilar Manso.

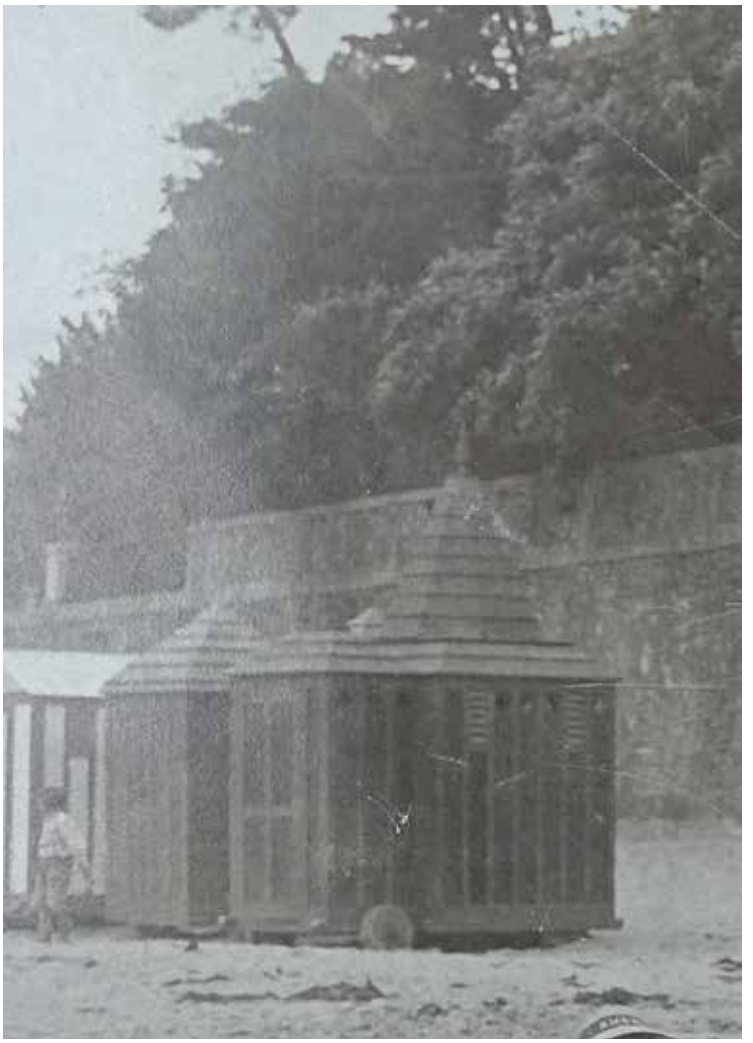
Tertulia bajo el toldo, principios del XX

En el toldo celebraba mi madre con sus amigos unas tertulias deliciosas. Hubo una época en que en las tertulias todo el mundo hablaba de los traumas. Se había puesto de moda tener un trauma. Todo se explicaba con los traumas. Entonces mi madre se inventó uno y lo contó en la tertulia del toldo. Ésta era la historia. En el primer piso de la casa de Zaldundegi, en Arranegi, veraneaba cuando mi madre era niña un señor que

era catedrático de la náutica. Debía de ser un hueso que no aprobaba a nadie. La abuela Presenta recomendó a su vecino a un chico conocido y el catedrático le aprobó por consideración a la abuela. Todos agradecidísimos y contentísimos. Al cabo de un tiempo a la abuela le regalaron un medio cordero y vio clara la oportunidad de agradecer al profesor el favor con él. Lo puso en una bandeja de plata, con un mantelito encima y envió a mi madre, muy mona vestida, a entregárselo al catedrático. La niña hizo el encargo. Cuando volvió a casa la abuela le preguntó que qué tal y su hija le contestó que la tía Soledad se había puesto muy contenta con el cordero. Se había confundido de piso. La abuela Presenta le dio una paliza terrible. Mi madre cuando contaba esto exageraba enormemente su disgusto, que no sería para tanto. Se refugió en el cuarto de las muchachas, un cuarto interior medio a oscuras. Las muchachas no solían tener armario y guardaban sus ropas en un baúl, que solían tener unos dibujos verdes. Contaba que de rodillas ante el baúl, lloró sin consuelo apoyada sobre él. De ese disgusto le quedó el trauma para toda la vida.

Mi madre fue toda la vida de tertulias. Le encantaba conversar. En el Campillo la celebraba siempre en el comedor chiquito de abajo. El comedor es diminuto y tal vez habríamos estado más cómodos en el gabinete o en el salón, pero a ella le gustaba el recogimiento del comedor chiquito. Decía que éramos la familia del metro cuadrado. Ella sentada en su silla, que era un todo terreno y que había sido antiguo retrete con su cajón para el orinal, en el que ella guardaba sus revistas. Detrás de su silla, los enchufes y una maraña de cables: allí estaba conectado el brasero de la mesa camilla, la tostadora de pan, la cafetera, la radio y no sé qué cosas más. Hubo tras la segunda guerra mundial un juicio militar contra un jefe nazi, que se llamaba C... Dio mucho que hablar. La reina madre de Bélgica, que era alemana, intercedió por él. Se la criticó mucho por germanófila. Consiguió que no se le fusilara, pero a cambio le mandaron a la silla eléctrica. Mi hijo José Miguel, viendo a mi madre con tantos cables detrás, decía que parecía C... Había muy poco espacio en el comedor chiquito. No sé cómo cabíamos. El armario sólo se podía abrir retirando a un lado la mesa camilla, pero entonces no se podía abrir el balcón; y con el balcón abierto lo que no se podía abrir era el armario. Además del aparador había tres mueblecitos: una especie de cesta con patas lleno de lanas, una mesita y un pequeño sofá para las visitas frente a la silla de mamá. En medio, la mesa camilla con sus faldas y su brasero. Junto a la puerta, en una baldita, libros religiosos y de santos. En el armario tenía de todo: pan, pucheros, membrillo, el café, la leche en polvo, unos cuchillos enormes de mango de nácar, muy afilados con los que decía a mis nietos que les iba a cortar la lengua cuando hablaban mal, todos los papeles de regalo que habían pasado por sus manos, plegados y atados con una cuerdita, botes vacíos de yogures y de bicarbonato, ... Venía a su tertulia un montón de gente. La puerta de la calle todavía la dejábamos abierta. Aparecía mucho por el comedor chiquito de casa Blas Zabala, un chico mudo originario de Filipinas que luego se hizo pintor. Sus padres lo habían mandado a Bilbao, porque en Deusto había un internado para sordomudos. Era muy buen pintor. Uno de sus cuadros estaba colgado en la taberna de Kaigane, en el que en la puerta de la taberna se veía a una niña. La niña era Jone Leturia, la mujer de Vicente Eiguren.

El agua sobrante del estanque de los patos del parque caía a la playa a una especie de abrevadero, pegado al muro al final del parque. Allí teníamos agua dulce para beber y aclarar los trajes de baño. Había también un abrevadero para que bebieran los animales en el Eskolape. Al lado del abrevadero de la playa chiquita ponía mi madre la caseta y el toldo. El tío Jaime que siempre estaba metido en pleitos se querelló con Mendieta porque éste utilizaba esa agua dulce, que al tío no le valía para nada. De ese estanque habla Baroja en una de sus novelas y si te descuidas hasta de nuestra casa[1].



La caseta de los Salinas Gaminde, principios del XX

Estábamos todo el día en el agua como peces. Cuando llegaba el invierno, se recogían los trajes de baño y se metían en un arca. El mismo traje de baño, después de coser los agujeros que durante el invierno había provocado la polilla, servía para el año siguiente, y cuando al hermano mayor se le quedaba chico lo heredaba el hermano siguiente en edad. En cuanto aparecía el primer sol, llegaba Pilar Manso a nuestra

1 Desde la casa de Shempelar, el dueño del astillero, se ve en una de las novelas de Baroja la ría, el puerto y el jardín de un bilbaíno rico con un estanque ovalado.

Cuadrilla de niños/as en la playa de Isuntza, entre ellos los Salinas, década de 1920

casa con intenciones de bañarse. Era aún más pez y más gaviota que nosotros. A mi madre y a la abuela Presenta las escandalizaba con sus ansias. Su llegada era como el chupinazo. Los Tellaeche, que vivían en la casa de al lado del astillero, no participaban en nuestra vida salvaje. Los Larrea, que llegaron más tarde, sí. Nosotros aprendimos a nadar solos y luego nos dio clases de perfeccionamiento el pintor Tellaeche. Julián era muy elegante, bajaba a la playa con un traje de baño blanco de cuerpo entero que le había hecho su mujer. En el malecón con un madero había colocado un trampolín y desde allí nos enseñaba a tirarnos de cabeza. Según mi hermano Juanito se daba unas tripadas horrorosas. Nuestra mayoría de edad llegaba cuando éramos capaces de cruzar la ría a nado y volver con la marea alta. Al que lo conseguía Ramón Mendieta le dejaba utilizar un chinchorro que tenía en el astillero. A mi hijo Juan Manu le puso la misma condición para dejarle coger el Terrala, un botecito que Ramón construyó en el astillero a mi hermano Juanito con unos planos que éste le dio y que quedó abandonado cuando Juanito se marchó a la Argentina. Periquín Gomasco, que era obrero en el astillero, arregló el Terrala para mi hijo.

Elena Gaminde con amigas en la playa de Isuntza, década de 1920

Yo di la vuelta a la isla a nado dos veces. La primera con un compañero nadador. No recuerdo quién fue. La segunda me acompañó un bote. El negro del fondo, con los haces de luz hundiéndose y desapareciendo en el abismo, da miedo, impone. Ramón Ibarra cuando vivía en la casa de la ermita de Santa Catalina nos dijo a los nadadores que si íbamos nadando hasta su casa nos invitaba a merendar. No fuimos. Que yo me acuerde la única chica que había dado la vuelta a la isla era Pilar Manso como una proeza. Pilar era muy bruta, muy fuerte para todo. Era una nadadora terrible. La vuelta a la isla se hace larguísima. Es mucho más larga y más ancha de lo que una se imagina. La primera vez que la di, mi madre se llevó un disgusto tremendo, no sé si por miedo a que me hubiera podido pasar algo o por envidia de no haberlo hecho ella también.

Cuando la gente empezó a ir a la playa, iba a la playa chiquita y sólo los más atrevidos se acercaban a Karraspio. No había carretera. Se llegaba por un caminito de cabras que se cogía en Kurlutxu. Un día se corrió la voz entre los que estaban tomando el sol en la playa chiquita que casi se había ahogado una chica en Karraspio. Mi madre pensó que la chica era yo. Cuando volví, como si nada, me pegó un bofetón tremendo. Nos encantaba coger las olas hasta quedarte seco en la arena. Nos gustaba Karraspio como gusta siempre lo más difícil y arriesgado.

Elena Gaminde con algunos de sus hijos en la playa de Isuntza, década de 1920

Las peñas siempre me han gustado. Entre Lekeitio y Ondarroa, que distan por carretera trece kilómetros llenos de curvas, abundan las planchas de pizarra. Son lisas, muy cómodas y suelen estar calentitas. Hay un montón de calas y se las conoce por el kilómetro de la carretera por el que se accede a cada una de ellas. Las que más me gustaban a mí eran el tercero o Endairi, el quinto y el octavo, aunque este último queda un poco lejos. De mayorcita solía ir con comida con las Laucirica, mi hermana Elena, alguna Solano. Llevábamos de casa un pan redondo, que rellenábamos, como si fuese un pastel de manzana, con anchoas, lechuga, que lavábamos en agua de mar que queda atrapada en los pozos al bajar la marea y unas botellas de sidra El Gaitero, que dejábamos refrescándose en el agua, atadas con una cuerdita. Acabábamos todas con medio trompa. Todos los años hacíamos una excursión a las peñas con Don Arcadio Corcuera y familia. Don Arcadio llevaba globos de esos de papel y alcohol, a los que se les da fuego en la boca y se echan a volar. Íbamos todos en autobús. Era en la época en que los Corcuera andaban muy bien de dinero. Luego fueron un poco a menos. Don Arcadio era espléndido e invitaba ese día a las peñas a todos los amigos de Lekeitio. María Guevara llevaba la merienda: tortilla, bocadillos, sangría... Íbamos al quinto. Con mi hijo Juan Manu, cuando éste era niño, también iba muy a menudo; íbamos en bicicleta. Lo que más le gustaba desde muy niño era echarse al agua, quitarse el traje de baño, dejarlo sobre la peña y nadar desnudo como un gusano. No tenía el culo blanco como los demás niños.

La familia imperial en Lekeitio c. 1924

**La emperatriz Zita en Lekeitio**

Al acabar la guerra europea, pasados uno o dos años, llegó a Lekeitio la emperatriz de Austria y reina de Hungría Zita con sus hijos. Llegaba de Madeira, a donde había marchado tras pasar una temporada de exilio en Suiza. Desde Suiza el emperador Carlos había tratado de recuperar el trono de Hungría, creo que un par de veces, y habían acabado por detenerlo. De allí lo mandaron a Madeira, para que dejara de enredar. El lugar donde vivieron en la isla portuguesa era tremendamente húmedo y caluroso. Debajo de las camas si no limpiaban todos los días salían hongos. Albine, la fiel servidora de la familia imperial, me contó que unas Navidades recibieron del papa unas cajas con leche condensada y otros manjares. Les hizo una ilusión tremenda. En la bodega Albine comenzó a desembalar todo, acompañada por el emperador. Éste, impaciente, se puso a ayudarla. Al cabo de un rato rompió a sudar, se quitó la camisa y siguió dale que te pego. Cogió un frío que le llevó a la tumba. Muerto el emperador, la familia imperial se trasladó a España a vivir al palacio del Pardo. Se exilió en España porque Zita era Borbón-Parma, pariente del rey español. La corte debió de abusar de lo lindo de la hospitalidad del rey Alfonso XIII. Creo que se bebieron todo el vino de las bodegas. Además, Zita se puso abiertamente a intrigar y el rey, como España había sido y quería seguir siendo neutral, se vio en una situación comprometida que no acertaba a resolver.

Fue entonces cuando recibió una carta del alcalde de Lekeitio, Bruno Larrazábal, ofreciendo el palacio de Uribarren como residencia para el verano para la incómoda huésped. Larrazábal no había contado con la opinión de su propietario, el conde de Torregrosa. El rey aceptó encantado aquella invitación como la mejor forma de liberarse de su prima y envió una carta de agradecimiento al tío. Este se enteró de que se iba a hacer uso de su palacio por esta carta del rey y no le quedó más remedio que responderle que se sentía muy honrado. Pasado el verano no se fueron y el tío Jaime se dio cuenta de que había caído en la trampa. Hizo algunos intentos para que dejaran su casa, pero lo único que consiguió fue ganarse la oposición de todo el pueblo. Por si eso fuese poco, aquel primer verano los barcos consiguieron pescar más que nunca, unas cantidades casi bíblicas, que algunos atribuyeron a la santidad de la emperatriz. Además, el tío Jaime estaba maniatado, pues no se podía oponer abierta y claramente a la presencia de la invitada del rey.

El tío Jaime pidió a mi madre que le acompañara cuando tuvo que entregar las llaves y la posesión del palacio a la Emperatriz. A este tipo de cosas no le podía llevar a la tía Adela, pues no estaban casados y entonces no estaba bien visto por el protocolo el que una amiga asistiese a los actos oficiales. Pues bien, cuando todo estaba organizado y aprobado el protocolo para recibir a la emperatriz Zita al día siguiente, mi madre, que no soportaba que el tío Jaime estuviera arrimado y no casado con la tía Adela, decidió jugársela a su primo. *Jaime, lo he pensado mejor y yo no recibo a la emperatriz. Lo normal es que si voy sola contigo se piense que tú y yo somos matrimonio y no estoy dispuesta a tener que dar explicaciones, claras ni poco claras. No voy*. El tío Jaime se puso como un energúmeno: *Hacerme esto a mí, a estas alturas, me matas*. Mi madre no cedía. Jaime estaba al borde de la apoplejía, echando espuma por la boca. Cuando le tuvo a punto le dijo: *O te casas inmediatamente con Adela o no voy. Tú verás*. El tío Jaime no tuvo más remedio que aceptar. Avisaron a un cura, Don José Vitoriano, que, con una fórmula especial de matrimonio sin proclamas, les casó sobre la marcha creo que en el gabinete del Campillo. La tía Adela quedó agradecida a mi madre eternamente, aunque no siempre se portaba con elegancia y, en alguna ocasión, en que la tía no estuvo a la altura, mi madre usaba una frase que reconocía que no era suya: *Le hice condesa a Adela, pero no pude hacer de ella una señora*.

Elena Gaminde con los condes de Torregrosa, década de 1920

De vez en cuando invitaban a mi madre al palacio. La citaba el barón de Gudenus en cartas escritas en tercera persona. (Cuando mi sobrino Julen Guimón estuvo de diputado o de parlamentario en Estrasburgo o en Bruselas coincidió con Otto, el hijo mayor de Zita. Mi hijo Juan Manu entregó a Julen unas copias de las invitaciones de Gudenus y creo que algunas fotos de la familia imperial y de mi madre. Otto dijo a Julen que la recordaba perfectamente). Eran visitas molestas porque el protocolo era muy riguroso: Zita recibía a sus visitas como si estuviese reinando. Ante ella había que hacer tres reverencias, con el guante derecho quitado, el izquierdo puesto, qué sé yo. Aunque no anduvo nada boyante de dinero cuando estuvo en Lekeitio, conservaba buena parte de la corte, con sus damas de honor, y sus altos dignatarios, el conde Caroli y el barón de Gudenus, con los que procuraba mantener toda la parafernalia del ceremonial cortesano.

En una ocasión fue mi madre con Ángeles Madrazo a tomar el té. Cuando le dieron el plato con bizcocho vio que de éste salía un enorme pelo negro. Mi madre contaba que una no se imagina lo difícil que resulta tragarse un pelo hasta que le toca. En otra ocasión estuvo con la archiduquesa María Teresa, tía del emperador, que era una señora mayor. María Teresa la llevó a su habitación, se tumbó sobre la cama, sacó un pitillo y se lo fumó con grandes aires.

Por Navidad nos solían enviar un pastel, típico de Austria, creo que por el día de San Nicolás, con pasas, trufas y huevos cocidos dentro, que preparaba Albine. Mamá tenía en la huerta unas fresas magníficas. Un verano mandó un cesto a la emperatriz. Gudenus escribió a mi madre una carta en la que le decía que la emperatriz había agradecido inmensamente las fresas, pero que le entristecía mucho que hubiera privado de un manjar tan delicioso a sus hijos. Yo creo que la emperatriz, con todas las distancias que uno se pueda imaginar, tenía cariño a mi madre pues como ella era una viuda joven con un montón de críos.

Tras la estela de la emperatriz aparecieron por Lekeitio varios personajes cortesanos. Uno de ellos era el barón de Gudenus, un diplomático del emperador que estaba destinado en Madrid cuando arribó Zita a la capital de España. Cuando ésta se trasladó a Lekeitio, el leal barón la acompañó con su mujer y sus hijos. Vivieron en la casa de los miradores de la plaza, en la primitiva casa de Uribarren, con una muchacha del pueblo que se casó con un carabinero. El barón era un hombre alto, de muy buena pinta. No se trataba con nadie. Su mujer era muy fina. Tenían un hijo, Chiqui, que hablaba un castellano perfecto y servía de intérprete a los hijos de la emperatriz.

Otro personaje fue el Conde Caroli. Carolis había habido dos. Uno leal, que era el que vino a Lekeitio; el otro, el desafecto, había propiciado la caída del emperador y su salida del país.

Familia Gudenus en Lekeitio (1923?). Österreichische Nationalbibliothek

Decía Alice que si el emperador Carlos cayó en desgracia fue por culpa de su mujer que le convenció de que negociara en secreto a través de su hermano, el príncipe Sixto Borbón-Parma, la rendición con los aliados. El gobierno francés publicó una carta del emperador a su cuñado en la que reconocía como justas las pretensiones de los franceses sobre Alsacia-Lorena. Sixto había caído en la trampa y el emperador tuvo que renunciar al trono. Más tarde, Alfonso XIII sufrió en sus carnes sus devaneos cuando estuvo en Madrid entregada a la conspiración.

Los Madrazos alquilaron al Conde Caroli su casa en el Campillo y se fueron a vivir a un piso en el muelle, encima de la taberna de Drungulu. Tenían los Caroli un niño precioso, Pispas, que, a diferencia de Txiki Gudenus, no solía estar con los hijos de Zita. Estudiaba el chaval con un profesor particular. Sirvió en casa de los Caroli una muchacha que se quedó con el título de sus patrones: Petra Caroli. Si aún vive es la madre de los hermanos Murélaga, los del astillero de detrás de Arropain, a los que algunos siguen llamando los hijos de Petra Caroli. Petra vivía en el Campillo, enfrente de nosotros, en la casa estrechita del final de la cuesta de las escaleras donde vivió la pobre Ana Murga, que murió tan joven.

*Wedding photo from 1931. Count László Széchényi (1879–1938) ambassador of Washington (1922–1933) as the bride's father. The bride is Alice Széchényi, the bridegroom is Count Béla Hadik*

Boda de Alice con el Conde Béla Hadik, 1931. Museo Nacional de Hungría

Otto de Habsburgo con el Conde Caroli en Lekeitio, 1923.
Österreichische Nationalbibliothek

En Inglaterra compartí habitación con una chica que se llamaba Alice Secheni. Era de familia húngara, exiliada y afincada en los Estados Unidos. Su madre era Van der Vil, aristócratas de primera fila de la exigua nobleza norteamericana. Un día Alice me enseñó su álbum de fotos. Empezó a pasar páginas y de pronto vio que yo me quedaba de piedra. Tenía fotos de Lekeitio. Se explicó. Su padre había estado en más de una ocasión en el pueblo a traer dinero a la emperatriz o tal vez sólo intrigando. Tenía el señor un parche en el ojo. Alice echaba la culpa de la caída del emperador a las intrigas de su esposa, que no la hacían nada querida por sus súbditos. Era Zita, según ella, intrigante por naturaleza.

Con el séquito que acompañó a la emperatriz a Lekeitio llegó también una cabra para proporcionar leche a la hija más pequeña de Zita, que aún era lactante. En el palacio nunca había habido niños, por lo que no había ninguna cuna. Zita necesitaba una y mi madre le prestó la cuna en la que había mecido a sus hijos. Era muy bonita, colgante y de malaca. Tenía a juego una camita del mismo material, con barandillas por los costados, una de las cuales se abatía para poder hacer la cama con comodidad. Cuando la cuna se quedó chica para la hija pequeña, se les prestó también la camita. Luego nos las devolvieron. Cuando mi hijo Juan Manu cogió la pleuresía, subimos la camita a la txapitula

Otto de Habsburgo remando con sus hermanos en Lekeitio, 1926.
Österreichische Nationalbibliothek

y la pusimos junto al ventanal y ahí estuvo todo un verano. Creo que cuando Begoña, la mujer de Isidro, necesitó una cama chica también se la enviamos.

De la protección de los hijos de la emperatriz se ocupaba un policía venido de Madrid, que se llamaba Culebra. Culebra se casó con una chica de Lekeitio. Siempre acompañaba a los chicos cuando salían de paseo en el coche que los hijos de la emperatriz tenían a su disposición. El chófer era el yerno de Jesusa Lorito, la dueña de los ultramarinos de la plaza de Gamarra. Por las tardes iba con los chicos de paseo por los alrededores. El conde Urquijo les obsequiaba mucho y pasaban muchas tardes con él en Munibe, su finca en Markina[2]. A Culebra lo asesinaron en Madrid al empezar la guerra civil.

Los chicos tenían un profesor particular cojo, que salía solo por el pueblo y al que le gustaban bastante los chicos. Se aprovechaba del que pillaba desprevenido. D. Luis Céniga, que fue médico de Zita, contó a la emperatriz los rumores que corrían por el pueblo acerca del instructor para que tuviera cuidado con sus hijos.

La emperatriz también tuvo a su disposición un barco en el que salían sus hijos a dar paseos o a bañarse en verano. Zita se solía quedar en casa y desde allí vigilaba el derrotero del barco con un catalejo[3]. Damián Eguia, conocido como Damián Guisas, era el que lo pilotaba. Se decía que él le había dicho a la emperatriz *Erregina, levanta el anca y dzángate*, indicándole de esta forma que se zambullera en el agua, pero la verdad es que no se lo dijo él ni nadie. Fue a la reina Isabel II a quien se lo soltó un alcalde que tuvimos llamado Popito. El alcalde éste fue en una ocasión comisionado a Madrid a hacer alguna gestión ante la reina. Fue con sus sobrinas. Tenían cita para un día determinado con la reina en el palacio. Las sobrinas de víspera fueron a la peluquería; se pasaron toda la noche sin dormir, sentadas en una silla, para no estropear el peinado. Cuando volvieron a Lekeitio todo el mundo quería saber cómo había estado la reina con ellas. Según ellas la reina *risas que te risas*. Me imagino que al verlas tan peripuestas le daría a la reina un ataque de risa de los que no se pueden contener.

En una ocasión, Damián, que estaba como loco con su trabajo, porque cobraba estupendamente, catorce duros al mes y mantenido con desayuno, amaiketako, comida, merienda y cena, ofreció al servicio del palacio dar una vuelta en la embarcación. Mi hermano Isidro se coló entre los sirvientes. Algunas de las mujeres se marearon y se pusieron a vomitar. A Isidro le llamó mucho la atención que, siendo de palacio, vomitaran alubias como el resto de los mortales. Al llegar a casa se lo contó a mi madre que se rió muy a gusto.

Los chicos de la emperatriz solían estar jugando en el parque y cuando bajaban a la playa lo hacían por las escaleras de caracol. Recuerdo cuando el tío Vicente Salinas nos trajo unos chalecos salvavidas, que por entonces eran muy novedosos. Durante unos días yo creo que hasta dormíamos con ellos de la ilusión que nos habían hecho. Una mañana bajaron los hijos de Zita a la playa, nos vieron con los chalecos y no nos podían quitar el ojo de encima. Chiqui, el hijo de Gudenus, se acercó al toldo y con mucha ceremonia le dijo mi madre que sus altezas querían saber si les dejábamos los chalecos. Mamá nos llamó, nos dijo que nos los quitáramos y se los entregó a Chiqui. Los chicos estuvieron jugando con ellos en compañía del policía Culebra y de otros guardaespaldas que los protegían. Volvió Chiqui al toldo a la hora de ir a comer y dijo que sus altezas querían saber si se trataba de un regalo o de un préstamo. Por supuesto se había tratado de un regalo.

Solía aparecer por la playa un señor bien arreglado, hijo de marineros, que había navegado y parecía estar en una situación acomodada. Era del muelle, hermano de un tal Kokomarro. Kokomarro era de armas tomar y su padre lo solía dejar encerrado en casa bajo llave. Una vez se descolgó de la ventana a la calle con una cuerda. Kokomarro tenía canción (en el pueblo había que tener cuidado de que no te sacaran canción porque a la mínima te habían colocado una):

"Zirilo makinista
Kokomarro patro
zaldupen juan zirian
Nueva York-eraiño

Komandantien ordenaz
eskalia eiiteko
Dunkerken sartu ziran
konsumua eiiteko

Dunkerketik urten da
Kanal de Mantxara
Denporaliarekin
Bapora lantxaran
Brankaz eguan bultua
Zirilok "Baixa da"
Kokomarro plano billa
Dzanga kamarara...

2 A Adolfo Urquijo, conocido como Adolfísimo por su empaque y a quien José de Orueta dedicó las Memorias de un bilbaíno, le concedió el Papa el título de Conde de Ostini, por la protección que había prestado a la emperatriz y a su familia.

3 En el piso alto del palacio, mirando al mar, había una habitación preciosa, con una mesa grande y un magnífico catalejo con trípode. La habitación era la sala del catalejo.

Zirilo y Kokomarro eran dos del pueblo y aquella canción narraba sus peripecias por los mares del norte. En aquella época Dunkerke era el no va más del pecado, como las Ramblas de Barcelona.

El señor que aparecía por la playa se llamaba Z... Se hizo amigo del aña Eusebi y solía estar con ella. Miraba el toldo donde estaba mi madre con sus amigas como con deseo de formar parte de aquellas reuniones. Empezó a decir que estaba enamorado de mamá y que pronto iba a casarse con ella. Lo tenía tan claro que se vio en la obligación de protegernos y cuidar de nosotros, que pronto íbamos a ser sus polluelos. Pero antes de que sus planes pudieran llegar a buen puerto, cambió de amada y empezó a pensar en casarse con la emperatriz Zita. Aquello ya fue demasiado y en previsión de que pudiera resultar un loco peligroso, lo hicieron desaparecer, recluyéndolo en un manicomio. El manicomio al que mandaban a los majaretas estaba en Bermeo.

Zita era alta, delgada, elegante y fina. Sus niños eran muy guapos, rubitos todos ellos. Otto, el mayor, Adelaida, que luego estuvo de enfermera en París y que murió allí, (y que es la que aparece vestida de monja en una foto con varios chicos disfrazados por el día del Domund, en la que también aparecen Isidro, de chino, Juan, de dominico y Elena Salinas, Rafa Céniga y su prima la de Reparacea, Santi Brouard, alguno de sus hermanos, Mari Quincoces) Carlota, Isabel, la pequeña, Alberto, Roberto, Félix y Ludovico. No tuvimos casi ninguna relación con ellos. Yo sólo estuve en el palacio en una ocasión. Nos habían invitado a oír la radio que por entonces era una novedad. Estuvimos oyéndola con los chicos en la habitación de las damas de honor.

Otto de Habsburgo frente al mapa del Imperio Austro-Húngaro durante su estancia en Lekeitio

Por Lekeitio Zita apenas paseaba. Lo hacía por el parque. A la iglesia sí iba, varias veces al día. No entraba por la puerta principal, sino por una puertita que hay frente a la actual gasolinera. Se colocaba en una capilla que les habían destinado al lado de la sacristía, cerrada por unas rejas negras, que hasta hace poco se seguía llamando la capilla de la emperatriz. No se había traído cura ni capellán consigo. Cuando querían celebrar algún oficio en el palacio solían recurrir a D. José Vitoriano. En más de una ocasión le ayudó como monaguillo mi hermano Carlos. Cuando mi hermana Teresa hizo la primera comunión no sé cómo se enteraría la emperatriz. Envió a mi madre una carta en tercera persona, como siempre, en la que le decía que tendría mucho gusto en felicitar personalmente a la niña. Fue Teresa. El papa había enviado unas medallitas de oro para los hijos de Zita, y yo no sé si sobraba una, pues regaló una de ellas a Teresa.

En el palacio recibía continuas visitas de súbditos fieles. Solía ir a París de tarde en tarde. En Lekeitio se la veía siempre muy enlutada, pero cuando iba a París era otra cosa, se soltaba la melena y aprovechaba para intrigar a diestro y siniestro. No creo que anduviera muy boyante de dinero. Cuando se marcharon definitivamente de Lekeitio, la ropa que se encontró en el palacio estaba muy usada y con muchos remiendos.

Día de Domund. Entre los integrantes: Juan Salinas, de dominico, Elena Salinas, Isidro Salinas, de chino, y Miguel Salinas, la princesa Adelaida, de monja, Santi Brouard, Rafa Céniga y una prima suya, Mari Quincoces..., c. 1925

**Educación**

Todos los hermanos fuimos a la escuela de doña Sol. Doña Sol Azkue tenía la escuela en la calle Trinidad, que había sido muralla. Hoy en día aún se adivinan sus restos un poco más arriba de la taberna del Gallo. La escuela tenía dos entradas: una por la calle Trinidad y otra por la avenida, donde aún se conservan las escaleras exteriores que acceden a la muralla. Años atrás por esas escaleras se entraba a una librería. Doña Sol disponía de dos plantas. En la de arriba tenía un cuartucho interior con un cortinón. Allí guardaba una barrica de chacolí y productos de la huerta y luego un montón de cosas inverosímiles. Hace poco me encontré en la calle con una mujer que también había sido alumna de doña Sol y me dijo: *¡Jesús! ¡Qué cosas guardaba tras aquel cortinón*! A nosotros de niños aquellos cuartos con todo tipo de cosas, algunas presentes por puro disparate, nos excitaban la curiosidad. Cortinón también tuvo en su taberna el berristarra, y tras él se escondían los residentes del hospicio a soplar.

La escuela de doña Sol era particular. Los hijos de los pescadores no iban allí. Aprendían las primeras letras antes de echarse a la mar, de marmitones o de txos, en la escuela pública. Había una en el portal de Atea y otra donde ahora está correos. A la escuela de doña Sol, en cambio, iban más bien hijos de aldeanos de Gardata y por ahí y algunos chicos del pueblo. También acudían aldeanos y aldeanas adultos a aprender a firmar para poder ir a América.

El aula donde impartía sus enseñanzas estaba en la planta primera. En la planta baja estaba el retrete, en un cuartucho. Para darle altura había mandado construir unos peldaños que acababan en una pequeña plataforma donde había colocado una cabineta. En una ocasión uno de los Leturias, José, dejó un pedazo de tocino cebado en un anzuelo de atún y capturó una rata grande como un gato. La soltó en la clase y provocó la estampida.

En el aula Doña Sol daba clases a niños de todas las edades. En la mesa colocada junto a la ventana que daba a la calle se sentaban los elegidos. Los demás nos dispersábamos por el resto de las mesas. Para dar la clase se valía de una caña larga con la que daba un toque de atención al que veía distraído. Esa vara era su batuta. Doña Sol era dura de oído. Cuando le dábamos la lección más valía mover los labios sin detenerse, sin importar los que se dijera, que recitarla bien, pero con interrupciones. Los sinsentidos rezados con seguridad ella los daba por buenos.

En su escuela no aprendimos gran cosa. Doña Sol había tenido de joven cierta formación. Algunas cosas las había asimilado, pero otras se le habían atragantado. No creía, por ejemplo, en la esfericidad de la tierra. Con una naranja en la mano, nos decía que, según los sabios y los libros, la tierra era como una bola, pero que ella particularmente no lo creía. Señalando un punto de la parte de abajo de la naranja decía: *Si uno está aquí y salta ¿por qué no se cae?* No sabía de nadie que se hubiese caído al vacío lo que demostraba que sabios y libros estaban en un error. Era una apasionada de las matemáticas. Decía que la regla de tres era la regla de oro y creo que tenía razón. En su clase poco se aprendía, la verdad. De los niños que iban a su escuela en la calle Trinidad, unos pocos iban por las tardes a otras clases aún más particulares que impartía en su casa, encima de Begoñako Ama, en el puerto. Alguno de mis hermanos, los Larrazábal, las hijas del notario y las de Monfort fueron a estas segundas clases.

Doña Sol era bajita y fea. Era hermanastra[4] de Don Resurrección y de Aurora y Diana. En el pueblo se decía esta gracia: *El día de la Resurrección a la hora de la aurora sonó la diana y salió el sol*. Aurora y Diana eran muy altas, estiradas y solían vestir trajes como de cortinón. Daban mucha importancia a las relaciones. Vivían en Bilbao en la Sendeja y eran profesoras de costura en casa de los Sota. En una ocasión paseaban por el Arenal con Casilda Olaortua, las tres con la sombrilla de rigor. En esto vieron que caminaba, acercándose a ellas, D. Miguel Unamuno. Casilda era muy amiga de los Unamuno, pues había sido vecina de ellos en la calle de la Cruz. Por entonces no hacía mucho que Unamuno había soltado aquello de que el euskera era mejor enterrarlo para siempre o aquello de que por vasco era más español que nadie. Las Azkue pidieron a Casilda que las presentara a D. Miguel. Así lo hizo y para su sorpresa vio como Aurora y Diana con las sombrillas enarboladas en alto, le dijeron a Unamuno que era un sinvergüenza y un mal vasco. Se quedaron las Azkue solteronas. Más estirado aún que sus hermanas era D. Resurrección. Le gustaba codearse con la gente de importancia de Bilbao y presumía de sus amistades. Cuando venía a Lekeitio paseaba solo por el muelle de los curas, de sotana, con una banda en la cintura, la teja, muy estirado. No era como Barandiarán, un hombre de calibre, pero sencillo al mismo tiempo. Está enterrado en uno de los altares de la parroquia.

Doña Sol no era ni tan alta ni tan estirada como sus hermanastros. Tenía un pájaro que cantaba. La gente del pueblo sacó una canción que empezaba "*Azkueren xoxua naiz...*". Doña Sol decía que en su casa se comía divinamente. El cocido siempre con los tres caballeros: la morcilla, el chorizo y el tocino.

Además de en la escuela de doña Sol, estuve un año interna en el colegio que las monjas de la Presentación de María tenían en San Sebastián. Estaba en el paseo del Duque de Mandas, cerca del campo de fútbol.

También me dio clases particulares un profesor mejicano que llegó a Lekeitio al servicio de los Echevarrieta, indianos venidos de Méjico. Se llamaba don Raimundo Ramírez de la Escalera. De estos Echevarrieta fue el primer muerto que cayó en las filas de ETA, Txabi. Txabi tenía un hermano paralítico, que actuó como letrado en el proceso de Burgos. Mi hermana Elena se lo encontró una vez en la calle, sentado en su silla de ruedas y lo tomó por un pobre que pedía limosna. Abrió el bolso y le dio unas perras. No sé si los Echevarrieta trajeron mucho dinero de Méjico. Entonces parecía que sí. Al llegar se compraron Vista-alegre, la casa que está donde empieza la cuesta de Kurlutxu. Luego, lo que tuvieran, lo perdieron en una granja de gallinas que pusieron cerca de Vitoria.

Dábamos clases particulares de inglés con un pariente de mi madre, Laca, que era profesor en la náutica. Proyectamos muchas veces hacer con Laca un viaje a Lourdes, que se quedó en el tintero, y siempre he sentido el no haberlo hecho. Laca por entonces tenía ya bastantes años, muy inglés en lo arreglado y en su estiramiento. Era viudo. Vivía con una hija en una casa del puerto. Tenía otra hija muy guapa, casada en Portugalete con un señor con un puesto importante en Altos Hornos. El inglés que me enseñó de algo me valdría, aunque no creo que Laca dominase mucho la lengua. Según mi hermano Juanito cuando tenía que soltar una palabra que no sabía cómo se pronunciaba, se metía la pipa en la boca para disimular. Juanito era muy burlón y tenía muy mala uva desde pequeño. Cuando vivíamos en el Astillero solía venir a visitarnos la madre de Mariano Adán de Yarza, Lola Gortazar. No sé qué le habría hecho la buena señora a mi hermano, porque éste desde muy crío no la podía ni ver. Un día mi madre le descubrió con la silla donde se sentaba Lola, puesta del revés, metiendo unos clavos en el asiento para que se pinchara al sentarse. Toda la buena intención del mundo concentrada en un angelito.

4 El apellido de su madre era Ozerin. El de la de sus hermanastros, Aberasturi.

**Inglaterra**

Unas sobrinas de Carlos Solano tenían una nurse inglesa y no sé cómo por medio de ella a Carlos y a Maravillas se les ocurrió la idea de mandar a Nieves Solano a estudiar a Inglaterra. Carlos se lo comentó a mamá y a mamá le pareció una idea estupenda. Teníamos Nieves dieciocho años y yo uno más. La institutriz de las sobrinas de Carlos escribió al St. Mary´s College pidiendo plazas y a vuelta de correo nos contestaron que nos admitían para el siguiente curso.

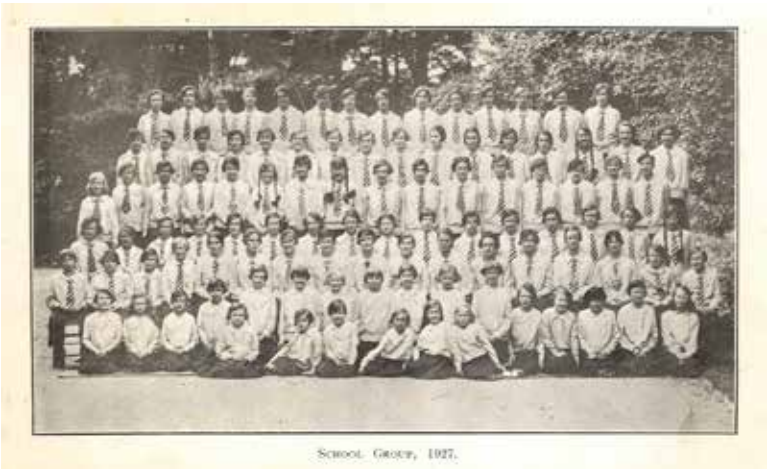
El viaje lo preparó Carlos, que convenció a mamá para que nos acompañara. Maravillas, la mujer de Carlos, se tuvo que quedar en Lequeitio pues estaba embarazada. Escribió a Céniga, que trabajaba en Londres, pidiéndole que nos buscara un hotel en la ciudad para los primeros días. Fuimos hasta París en tren. Pasamos en la capital francesa un par de días y después cogimos el tren a Calais, donde debíamos embarcar en el ferry. Había un temporal de mil demonios y nos recomendaron que hiciéramos noche en Francia y que esperáramos al ferry del día siguiente, pero Carlos se negó. Como lequeitianos que éramos debíamos despreciar al mal tiempo y embarcar sin demora. Había sillas y tumbonas fijas en cubierta y a Carlos al verlas no se le ocurrió otra cosa que debíamos quedarnos allí, respirando aire fresco y dando ejemplo al personal. En una ola que vino, salimos todos corriendo a buscar refugio, pero Nieves anduvo lenta y se quedó empapada. En Dover después de enseñar los pasaportes la pasaron a un cuarto a que se quitara la ropa mojada. Con todo esto nos retrasamos y no llegamos a tiempo a la cita que teníamos con Céniga, que estaba de responsable en la casa de España en Londres.

La casa de España estaba en Cavendish Square, un edificio muy bonito con jardín. Por allí pasaban muchos canarios, chicos elegantes, propietarios en la isla que acudían a Inglaterra para la venta del plátano. Estando allí aparecieron Ramón Franco y Rada, que era de Baracaldo, que acababan de coronar con éxito lo del Plus Ultra y me firmaron un autógrafo en una agendita especial que tenía para que mis amigos y conocidos me escribieran poemas y me pintaran lo que les apeteciera. Este Céniga se llamaba Jaime y era primo del Céniga médico. Tenía una novia inglesa, Ethel. Cuando más tarde volvió Céniga a Lequeitio no nos volcamos con él, que tan bien nos había atendido en Londres y lo siento.

Encontramos a Jaime Céniga más tarde no sin algún trabajo. Nos había reservado habitaciones en un hotel que se llamaba Langams, de demasiada categoría para nosotros. Pasamos allí la primera noche y al día siguiente nos mudamos a otro más modesto. El colegio estaba en Bers, cerca de Ascot. Ahora es una zona residencial. Cerca de él había un campo de golf, a donde solía ir a menudo el príncipe de Gales. Pegado al parque del colegio estaba Windsor. Las monjas cuando había una cosa especial nos llevaban a Londres. Unas vacaciones las pasamos en una casa que tenían en la ciudad, cerca de donde vive Constantino de Grecia. Llamábamos a esa casa forty seven.

Con el inglés que nos había enseñado Laca nos arreglábamos mal que bien. Los ingleses hacen poco por ayudar al que no domina su idioma. Nosotros nos desvivimos por entender y hacernos entender al extranjero que balbucea el castellano. El inglés nunca. Es muy del estilo del francés. La palabra bin que se pronuncia bon, la decía yo bin y nadie parecía entenderme. Me decía la monja, spell it, deletréala, y cuando la deletreaba me decía ah, bon.

Con las estudiantes inglesas no hicimos muchas migas. En cambio, las extranjeras estábamos muy unidas. Al dejar el colegio nos escribimos mucho, pero luego esas cosas se van dejando hasta que un día descubres con pena que has perdido toda la relación. Con las extranjeras me entendía con el francés que nos había enseñado la mujer de Tellaeche, la Vallet de Montano.



Integrantes del St. Mary's College, 1927

Maritxu Salinas, con pelo corto, y Nieves Solano

En Inglaterra pasé dos cursos, medio más que Nieves que después de las vacaciones de Navidad del segundo año no volvió a Inglaterra. El primer año volvimos en verano, pasando por París. Nos habían encomendado a Mariano Madrazo. Nos llevó a cenar al mejor hotel de París, Nieves y yo con el uniforme del colegio. Tenía un estudio precioso en la Rive Gauche, que entonces era el corazón de la bohemia. Mariano era diplomático y no creo que por aquel entonces estuviera consagrado como pintor. Cuando Mariano apareció por Lequeitio, mamá le envió una tarta de moca en agradecimiento por las atenciones que había tenido con nosotras. En la tarta había escrito el pastelero moca con el merengue de café y mi hermano Juan le quitó con el dedo el rabito a la a de forma que se leía moco.

Mariano no fue el pintor famoso que tuvieron los Madrazo en la familia, pero pintaba bastante bien. A mí me retrató en un otoño. Solía ir yo a su estudio en el jardín de Echezabal, y estábamos de tertulia mientras él iba copiando mis rasgos, acercándose al lienzo y alejándose de él para coger perspectiva.

En Inglaterra practicábamos bastante deporte. Jugábamos al tenis, al hockey hierba y a un juego hoy desconocido, que se llamaba lacross y que se jugaba con un palo con una redecilla para recoger y lanzar una pelota. La que quería montaba a caballo.

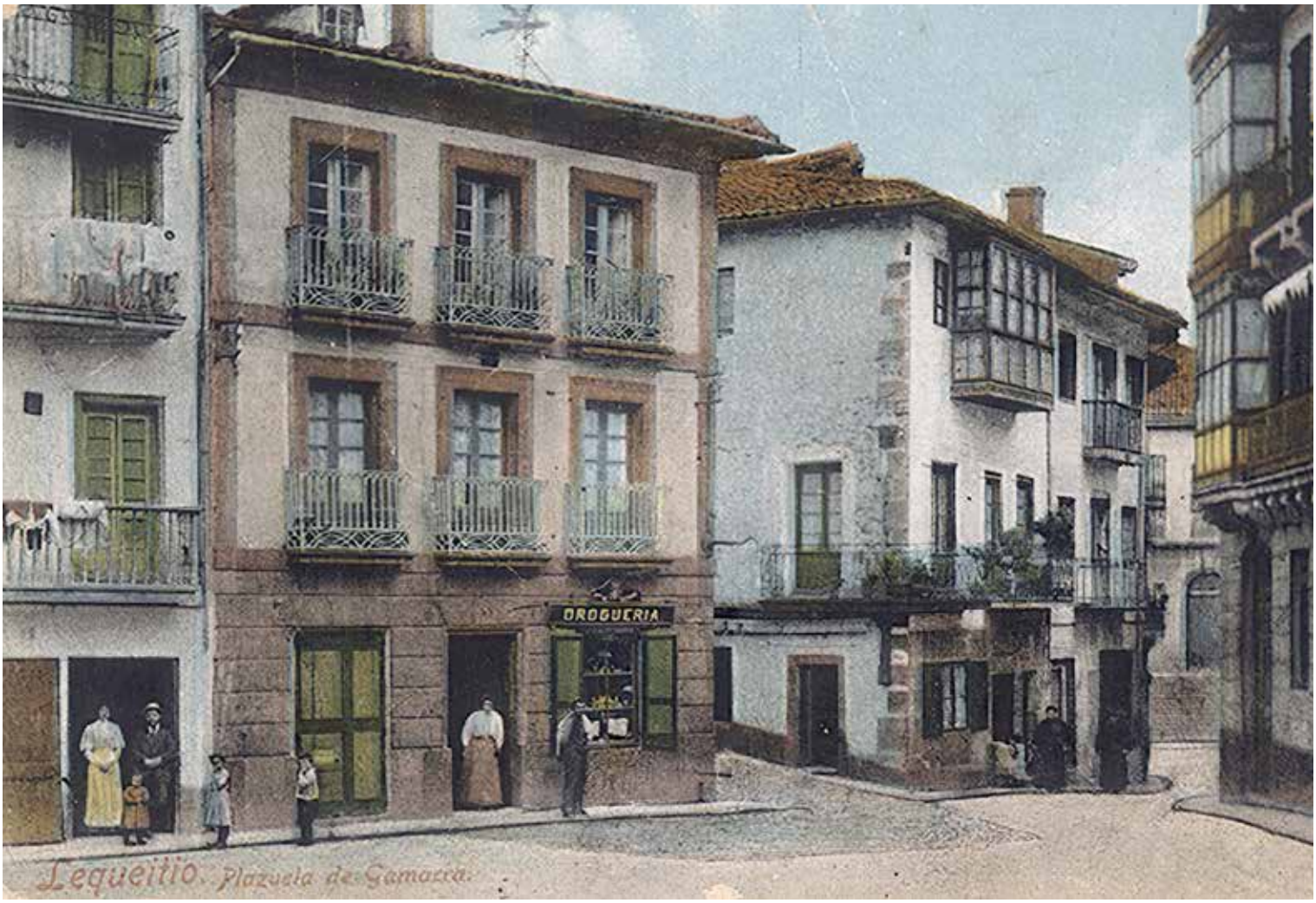
Ramón Ibarra se casó mientras estábamos nosotras en Inglaterra y se fue de viaje de novios a Londres. Pasó allí casi todo el invierno. Nos sacó a pasear un montón de veces. Su mujer, Enriqueta, era hermana de una famosa bailarina. Enriqueta había vivido en París con su hermana y mi abuelo Juan le guardaba los ahorros en el Banco de Bilbao.

Oleo de Maritxu Salinas, Mariano Madrazo, c. 1929

Maritxu con Mariano Adán, Pilar Manso, década de 1930

Maritxu Salinas con amigas, década de 1930

Maritxu Salinas, c1929




Plaza de Gamarra, postal de principios del siglo XX

**Comercios y personajes**

La verdura la traían las aldeanas a casa. Todos los días llegaban al pueblo de los caseríos de los alrededores en burro o con un cesto en la cabeza. A casa venía a diario una mujer de Baurdo. Se llamaba Serapi y no sé cómo podía venir todos los días, pues tenía un hijo cada año.

Serapi nos traía leche y tal vez alguna verdura. No creo que mucha pues teníamos una huerta en la carretera de Santa Catalina, que, además de Perucho, nos cuidaba un aldeano de Mendexa que se llamaba Martín Likua. Un Likua, José Mari, es amigo de mi hijo Juan Manu, y otra, Sesili, fue la novia de mi hermano Miguel que le llevaba la comida a la palomera. En la siembra de la patata participábamos todos. Venía más gente que la prevista: Perucho, Martín Likua, Ángela de la familia Drungulu... Por la tarde mamá mandaba a la abuela de Xabi Mendiguren, que tenía una taberna, preparar una cazuela de bacalao que tomábamos entre todos, alrededor de una hoguera.

Las pescaderas también paseaban por las calles, dando voces ofreciendo su pescado. Aún no había pescaderías propiamente dichas. Más tarde en el pórtico del ayuntamiento ponían las mujeres puestos para la venta de pescado, previo pago de un módico canon al alguacil. Cuando hacía bueno las aldeanas formaban un corro con bancos bajos y largos en la plaza, en los que se sentaban, colocando delante, en el suelo, sus productos, sobre una especie de manteles. Llegaban a Lekeitio en sus burros y los "aparcaban" en el callejón del soka-muturra[5] o detrás del kiosko del Eskolape. A los gamberros que detenían los serenos en las noches de juerga los hacían dormir en la perrera del ayuntamiento y al día siguiente con la resaca les mandaban barrer la plaza para prepararla para el mercado. Más tarde, cuando mis hijos eran pequeños, para el pescado se ponían puestos en donde estuvo más tarde el bar Arrantzale y está ahora la sala de cultura José Miguel Barandiaran.

El mercado actual no existía por entonces. Estaba en su lugar la fábrica de Ocamica, un lavadero y una pequeña plazoleta. Subían a esta plazoleta las mujeres de Arranegi con una banqueta cada una a hacer

5 Se guardaba ahí la vaquilla antes de soltarla atada a una cuerda por las calles del pueblo en los días de fiesta. El lugar, un callejón estrecho y oscuro, está cerrado por uno de los lados por una tapia y por el otro por una verja de hierro. El resto del año las aldeanas de los caseríos de los alrededores dejaban en él atados sus burros y asnos. Sirvió durante la guerra de refugio antiaéreo.

tertulia al sol. Aprovechaban el tiempo para quitar los piojos a sus hijos, poniendo la cabeza de los críos entre sus piernas. Tener piojos era la cosa más natural del mundo. Con la banqueta también subían la treotzarra, una tabla en la que se prepara el aparejo para el besugo. Junto a la fuente, en la esquina del comienzo de Narea, se sentaban las mujeres y sobre la treotzarra jugaban a la brisca con mucha seriedad. Cuando empezó la radio, Ocamica, que era muy popular, instaló unos altavoces en una de las ventanas de su fábrica y animaba las tertulias de las mujeres del pueblo con las sintonías de la radio.

En Lekeitio cuando éramos críos, la compra en casa se hacía en la tienda de Jesusa Lorito que estaba en la plaza de Gamarra, donde más tarde tuvo el ultramarinos la de Gala. Lo de Lorito le venía de que había tenido un papagayo en casa. Vendía galletas, legumbres, café, azúcar, aceite, vinagre, algún vino, alpargatas, cuerdas, velas, ... Su marido se llamaba Isidro y era paralítico. Su oficio era la fontanería. Solía estar trabajando en el piso de encima de la tienda, asomado a la ventana. Hacía unos recipientes de hoja de lata de un cuartillo[6] de capacidad y los remataba imprimiéndoles un sello con la cabeza de un perro.

En Arranegi había otro ultramarinos de poca monta, que regentaba un tal Perucho. Le trabajaba la huerta a mamá gratis, sólo por cariño. Perucho había estado en América. Dorote, la muchacha, compraba ahí. La clientela de Perucho estaba formada por la gente de Lekeitio originaria de caserío. No sé por qué. Por las tardes se juntaban aldeanos y aldeanas en tertulia.

En Beaskokalea, cerca de donde hoy tiene la ferretería mi amiga Mari Tere, la que siempre anda con un montón de perros, estaba el establecimiento de alimentación de los Bollar. Tenía fama de vender el mejor café del pueblo. Encima del mostrador, sobre el que clavaban las monedas falsas que identificaban, tenía un enorme molinillo. También vendía café y golosinas el despacho de billetes de la diligencia, que estaba en donde tiene ahora la heladería López.

María Guevara tenía su pastelería en los bajos del Ayuntamiento, en donde hoy está el bar Guzurmendi. Un poquito más adelante en Arranegi, estaba la tienda de los Zabaleta. Era ultramarinos y pastelería, más especialista en pastas que en pasteles. Hacían chocolate.

Por San Antolines ponía María un tenderete en la plaza, con un techo de esterilla y las paredes como de celosía, que albergaba dentro una mesa larga y bancos corridos. Después del partido de pelota, el que manejaba dinero iba al tenderete de María a merendar. Se tomaba gallina trufada, un refresco de fabricación secreta y helado. El tenderete era el no va más. María fue la abuela del periodista Manu Leguineche.

De comer se daba en la taberna de Ezequiela, que luego fue del francés. Ezequiela era muy guapa. Algún favor le habría hecho mi marido porque por Navidades siempre nos mandaba a casa una cazuela de caracoles. Su marido preparaba cuerdas de esparto para las alpargatas. Ezequiela traspasó el negocio a una francesa, casada con un hijo de una muchacha de los Solano que se llamaba Dorotea. Este hombre había pertenecido durante la segunda guerra mundial a la resistencia francesa y lo debió de pasar muy mal pues le quedó cierta tara. Tenía miedo no sé yo a qué y solía cerrar las contraventanas de la taberna.

Mamá tenía con otros amigos participación en un barco que se llamaba el Zubieta. Lo había hecho Ramón Mendieta en su astillero. Era de cabotaje. Solía ir a Asturias a por madera. El capitán era el marido de Dorotea, la muchacha de los Solano. Como sabía que mamá apreciaba el queso de Cabrales siempre le traía uno de Asturias. Mandaba a su hijo a casa de mamá a entregárselo y ésta le daba unas perras de propina. Una Navidad estaba yo cenando con mi marido en un restaurante de Bilbao. La radio estaba puesta. Nos quedamos de piedra al oír que el Zubieta se había hundido cuando volvía para casa. La verdad es que había naufragios continuamente.

Se comía bien en la taberna de Zingúa, que luego fue Santi, y en la de la abuela de Xabi Mendiguren. Tabernas de beber había un montón, una en cada portal si te descuidas.

Madalen, abuela de Ramón Solano Arana, tuvo su casa de comidas. Más o menos donde está ahora el Goyo, en la salida del pueblo hacia Gernika, tenía el Bar Azul. Se comía estupendamente. Las cuadrillas cuando celebraban una cena iban al Bar Azul. Madalen era una cocinera fenomenal con muy buena pinta. Su marido era marinero, Pin Pin de mote. Luego una hija de ellos, Dominga, la casada con Endeiza, tuvo la taberna del Erkiaga.

En donde luego estuvo el Banco Vizcaya, detrás del kiosko de los periódicos de Espe, estuvo el Hotel Moderno. Yo creo que lo llevaban al principio los del Hotel Beitia. Luego lo cogió Petra Kafeko, aunque ella no lo explotaba. En una ocasión en el café se armó un follón que escandalizó a todos los puritanos del pueblo y puso en evidencia lo hipócrita que es la gente. Trajeron al local de Petra a unas actrices de mala muerte que andaban de turné por los pueblos de Vizcaya. Casi todos los hombres del pueblo fueron a ver el espectáculo que venía precedido de la fama de la ligereza en el vestir de las actrices. Las mujeres de Lekeitio se llevaron horrorizadas las manos a la cabeza. Tomaron medidas. La primera fue expulsar a Petra con carácter irrevocable de una sociedad de amigos de los pobres que había en el pueblo. Aquella sociedad se reunía todos los viernes, recolectaba ropa usada, y estudiaba los casos de hijos de marineros huérfanos. A mi madre que era de aquella junta le pareció una injusticia la expulsión de Petra.

Gasolinera tuvo uno que llamábamos Faruk, un ribero requeté. Estaba casado con una mujer más educada que él, que hablaba francés. La pobre no tenía muy bien la cabeza. Venía la mujer todas las tardes a la misa del convento de las dominicas. Tenía la obsesión de que sus vecinos le leían los pensamientos y aquello la agobiaba. Iba de continuo con ese cuento a mamá al salir de misa. Era algo horroroso y mamá, que le tenía aprecio, hacía lo posible para consolarla. Un día la mujer encontró la solución y se alivió para siempre de aquella carga. Pensaba en francés, y, claro, los vecinos, aunque lo seguían intentando, no podían entender lo que pensaba.

Había dos farmacias. Una en Arranegi, donde sigue estando. La otra en la plaza de Gamarra, debajo de la cuesta de las escaleras de casa, donde ha estado hasta hace poco la BBK, al lado de donde está la zapatería Ona. Esta última era de los Ugalde.

En el portal por donde se entra a casa de los del Lekueder había una tienda de juguetes. Era de la madre de José Cano. Tenía muchas cosas a 0,95 pesetas, aunque también otras más caras. Me acuerdo de una muñeca de seis pesetas que soñaba que me regalara el tío Vicente Salinas y que al final no conseguí. A José Cano le sacaron una canción. Do, re, mi, fa, sol, la, sí José Cano cacasí.

José Cano era capitán. Fue muchos años novio de Pepita, una empleada de la farmacia de Arranegi. Al final no se casó con ella. José era encantador. En una ocasión hizo una apuesta que fue un escándalo en

6 Las medidas de capacidad de la familia del cuartillo se han mantenido en las tabernas de Lekeitio hasta los años setenta.

Facturas remitidas al ayuntamiento por diferentes negocios locales. LUA

el pueblo. Dijo que volvía desde la playa de Carraspio al pueblo en calzoncillos. Lo hizo.

José ya mayor solía ir en una motora, el Menchu, que tenía a Acapulco, con algo de aperitivo que compraba en las tabernas del muelle. Mi hija Marielena y Rosarito Solano solían llegar a nado hasta el barco de José y éste las obsequiaba con el aperitivo.

La náutica trajo gente de fuera como profesores y como alumnos. Profesores había uno pariente de Miguel Garavilla. Vivía encima del ultramarinos de Miren, en el último piso. Otro, que se llamaba Vallejo[7], vivía encima de la ferretería de Mari Tere. Laca fue profesor de inglés en la náutica. Venían muchos chicos de fuera. Para las chicas eran novedad y andábamos todas pendientes. Muchas familias libraban un cuarto y se lo alquilaban a los estudiantes para completar el jornal del padre de la casa. A uno de aquellos estudiantes, Txomin, natural de Ibarrangelua, nos lo encontramos en la cárcel de Larrinaga. Lo fusilaron al pobre. Me acuerdo también de un chico de Madrid, apellidado de Simón, que vivía de pensión en casa de Txori el relojero, que estaba en la parte de atrás de lo que hoy es la heladería López. Creo que era pariente de los de Simón que hay en Villabuena, en la Rioja Alavesa.

Para las chicas del pueblo, además de los estudiantes de la náutica, también eran muy interesantes los italianos, que todos los años llegaban al pueblo a comprar anchoa. Los que venían eran de cierta edad, no chavales. Tenían varios almacenes en el pueblo y mujeres encargadas de comprarles la anchoa, limpiarla y ponerla en salazón. El salazón lo llevaban a Italia, allí lo ponían en aceite, lo enlataban y lo comercializaban. Venían unos cuantos, siempre los mismos. Uno solía ir de huésped a casa de los que tienen una tienda de ropa en Arranegi, debajo de la casa de mi hermana Teresa.

Al lado de la relojería de Txori había una barbería, ya abierta en tiempos de mis abuelos. El peluquero, que también era dentista, se llamaba Popito. Era chiquitín, moreno y muy animado. Tocaba la guitarra. Como en Markina no había sacamuelas, José Mari Murga, a quien mi abuelo llamaba el microbio, una vez que debía de tener un dolor horroroso, se acercó a Lekeitio a que le atendiera Popito. Le acompañó a la barbería la tía Filo. La muela estaba bien enraizada y Popito no acertaba a sacarla. En pleno esfuerzo dijo *Coño*. Al cabo de un buen rato estirando consiguió extraerla. Al ir a pagar José Mari, Popito se negó a cobrar y dijo que lo hacía gratis por la *incoveniensia* que había soltado.

Popito tenía un hijo amigo de mi tío Víctor. Un año fueron a la romería de Santa Eufemia, que se celebra en el monte cerca de Markina. Pasó la mañana, pasó la tarde, pasó la noche y los chicos sin volver. Todos los padres preocupados. Al amanecer una lechera llegó al pueblo con noticias de los muchachos. Venían por la carretera cantando. Popito cogió la guitarra, salió a buscarlos y cuando los encontró se puso a cantar con ellos. El hijo avergonzado. Llegaron al pueblo y cada uno se marchó a su casa. En el portal la sonrisa desapareció del rostro de Popito y la emprendió a guitarrazos con su hijo hasta destrozar el instrumento.

Había otros dos relojeros, aparte de Txori. Uno, un francés que vendía sus mercancías por los pueblos de los alrededores y que tenía en una tiendita de Lekeitio su cuartel general.

El otro, llamado Jacinto Garamendi, tenía su establecimiento donde ahora está la taberna del tía Fran. En su trastienda se celebraba una tertulia interesante. Cuando estuvo en el pueblo Pío Baroja, inspirándose para escribir *Las inquietudes de Shanti Andia*, asistió varias tardes a esa tertulia e hizo aparecer a Jacinto en la novela[8].

Una tía nuestra, Concha, hermanastra de la abuela Presenta[9], acudía todos los días a la tertulia, se sentaba en un rincón y se pasaba la tarde sin molestar escuchando lo que allí se hablaba. Yo creo que no la despachaban por respeto a la familia. Solía volver a casa diciendo *¡qué tarde tan agradable hemos pasado!*

La tía Concha, tiempo después de quedarse viuda de un pariente de los Algorta, se vino a vivir con nosotros. Era muy fina, muy suave, pero se había chiflado un poco. No encontraba las cosas. Tocaba a la puerta del cuarto de mamá. *Elena, perdona, se me ha perdido la documentación*. Tenía una cajita imitando a un baúl con los dientes postizos, cuentas que no había pagado, el rosario, llaves viejas... Mamá le buscaba la documentación y se la entregaba.

La tía tenía miedo de los árboles del parque, que estaban casi encima de casa. Cuando había tormenta el viento los agitaba y entonces se volvían imponentes. La tía se levantaba y andaba intranquila por el cuarto en zapatillas. Le decía a mamá: *Elena, esos árboles gigantescos, si alguno de ésos se nos cayese encima ¿qué pasaría*? Mamá la tranquilizaba. Al poco, otra vez: *Elena, esos árboles gigantescos*... Yo cuando mi hijo Juan Manu se me queja de que repito siempre las cosas le digo: *Esos árboles gigantescos*...

A la tertulia de Jacinto iban los Solano, mi padre y otros amigos. José Mari y Carlos Solano pintaban y más de una vez expusieron en la relojería. En una de ellas José Mari, que pintaba con mucha gracia caricaturas y miniaturas japonesas, colgó un cuadro en el que aparecía un marino de Lekeitio que se llamaba Arrascada. Este Arrascada tenía varios barcos hundidos en su currículum. Tenía la nariz llena de protuberancias. José Mari le pintó tras un naufragio, flotando en el agua, agarrado a un madero, con su narizota fea, toda la ropa hecha jirones y los percebes creciéndole en los brazos y en la espalda. A la madre del capitán, que solía ir a diario a la iglesia, la invitaron a ver el cuadro al salir de misa. Ella al principio se negó, avergonzada de asistir a una sala en la que sólo se solían reunir hombres, pero tanto le insistieron que el cuadro de su hijo tenía mucha gracia que al final accedió a pasar. Cuando vio a su hijo asido al madero le entró una llorera que no había forma de consolarla.

Arrascada estaba casado con una hermana de Purita, la mujer de Rodrigo Adán de Yarza.

La ropa no se compraba hecha. Se compraban las telas y luego las modistas, que las había muy buenas en el pueblo, hacían la ropa a medida. Solía aparecer de tarde en tarde un viajante de la tienda Pérez Ejea de San Sebastián, que se llamaba Calixto. La tienda estaba por el boulevard. Llegaba a Lekeitio en la diligencia con un maletón grande cargado con un muestrario de pañuelos, camisas, moqueros... Iba casa por casa, pero él no cargaba con la maleta. Se la hacía llevar a una mujer sobre la cabeza y él venía caminando a su lado hasta la casa de la playa. Siempre nos traía algún regalito y sus visitas nos producían entusiasmo. Calixto tenía mucho cuento. A la abuela la camelaba diciéndole que el rey había elegido tales telas para sus hijas y no sé cuáles otras para sus hijos. Las modistas también tenían en sus casas muestrarios de telas de tiendas buenas de Bilbao, tiendas como Carasa y otras.

7 Su nieto sería alcalde de Gernika.

8 Aparece en la relojería de Zapiain, como relojero y comisionista.

9 Concha Garamendi Arruebarrena y Presenta Laca Arruebarrena.

En Karraspio-txiki estaba el horno. No sé si lo construyeron los Quincoces cuando llegaron de Haro o lo cogieron en traspaso. El reparto del pan lo hacía por el pueblo una mujer llamada Rosa Escarcha. Tenía un carrito que llevaba tirado por un burro. Al salir de la escuela de doña Sol solíamos coincidir con Rosa que volvía al horno y nos montábamos en el carro. El carrito tenía en todo su perímetro interior un banco y ahí nos sentábamos los hermanos. El suelo, en medio, estaba lleno de cascarillas de pan que con el hambre que teníamos para esa hora nos sabían a gloria. Me suena que esta Rosa iba a las casas a ayudar en la matanza del cerdo.

Hacia el año 25 empezaron las veladas cinematográficas en el Hotel Beitia. Tenían un pequeño salón en el que había varias filas de bancos y detrás sillas plegables. Las películas eran en jornadas. La historia no solía terminarse en un solo día, sino que en un momento de máxima tensión, como por ejemplo un hombre colgado de una rama a punto de caerse por un precipicio, se cortaba la proyección y aparecía el cartel de continuará.

El cine era mudo. Amenizaba al piano las veladas Paulino Alonso. El salón de proyección estaba pegado a la cocina y muchas veces en medio de la película entraba un olor suculento que despertaba nuestro apetito. Solíamos ir al cine a motrollón con Mariano y Pilar, mis hermanos, las Laucirica. Una de las películas que recuerdo era Carpanta.

Paulino se había casado con una Zuberogoitia. Todas las Zuberogoitia eran muy elegantes e íntimas de las del Beitia. Creo que Paulino era castellano y que antes de llegar a Lekeitio había pasado por Bermeo, donde tenía parientes. Allí había sido practicante y tal vez también sacamuelas. Era persona culta, muy de libros de toda índole. En Lekeitio fue maestro en tiempos de la República. Era muy amigo de un bermeano muy rumboso, llamado Monasterio, que cogió el cine Goraburu en los bajos del Batzoki. Yo iba mucho al cine por aquella época con Rosario Solano, y cuando las películas eran toleradas le llevaba a Juan Manu.

Monasterio era un hombre muy amable y muy capaz. Dio mucho bombo al Goraburu como cine. No sólo al cine. Con él se introdujeron novedades, por ejemplo, en la forma de cantar el día de Santa Agueda, que antes de él se hacía de forma bastante triste.

Paulino tras la guerra lo pasó muy mal porque le inhabilitaron como maestro. Con una recomendación del obispo fue a Asturias, pero allí no quiso ceder con alguna cosa del Régimen y lo metieron al trullo. También anduvo, no sé en qué momento, por donde vive mi hermano Carlos, por Alcarraz o Fraga.

En Lekeitio, además de en el Beitia, era Paulino el encargado de tocar el órgano en la parroquia. Si había que tocar algo españolista se negaba terminantemente y el párroco para evitarle represalias hacía que se le sustituyera en esas piezas musicales. Andaba muy justo de dinero y daba clases particulares para completar el sueldo. Mis hijos fueron alumnos suyos.

Entre lo que hoy es la tienda de deportes y la zapatería Ona tuvo su tienda un tal Garín. Era un almacén enorme de ferretería muy destartalado, en el que había de todo. Garín era muy amable en la tienda, aunque más raro que las habas fuera de ella. No era del pueblo. Empezó a venir porque un pariente suyo, un escultor, veraneaba en Lekeitio. Unas vacaciones se hizo novio de una Arroita, hija de un tabernero dueño de la tasca que hoy se llama Soka-muturra. Se instaló Garín en su almacén. Tenía varios perros pointer grises. Uno de ellos con un cesto en la boca le hacía la compra. Esa era la gracia de Garín. Solía estar siempre con una bata azul. Tenía de todo en su tienda: pucheros, tapas de retrete, trampas para pájaros... Una tienda del mismo tipo que la que había en Bilbao llamada La Bolsa. Garín tenía una moto con side-car. Un verano fue con su mujer en el side-car hasta Lourdes. Su mujer se había teñido el pelo para ir elegante. Cuando volvió a Lekeitio, algunos que no sabían que se había dado un tinte, pensaron que el cambio de color del pelo había sido un milagro de la Virgen.

El suegro de Garín, Arroita, el tabernero, era la autoridad de Lekeitio en materia de setas. Cuando alguien del pueblo encontraba alguna seta rara iba a su taberna a consultarle. Además de la hija casada con Garín tuvo un hijo, más tarde cura, que de niño fue íntimo de mi padre. Papá y mamá recién casados en Barcelona solían salir al campo los domingos. Allí conocieron los robellones que eran muy apreciados. En Castilla creo que se les llaman níscalos. Un día dando un paseo por la carretera de Ondarroa descubrieron robellones en cantidad. Llevaron un montón a casa, pero Dorote, la muchacha, dijo que no se atrevía a cocinarlos. Insistió mamá, pero no consiguió que Dorote diera su brazo a torcer. No sé quién dijo de llevarlos a donde Arroita y que fuera él quien determinara si eran comestibles o no. Arroita, el experto, los despreció como malos. Mamá los recogió, los llevó de vuelta a casa, los cocinó y el que quiso los comió. Con el tiempo se fueron conociendo y apreciando. En Lekeitio se les llama piñateles, aunque el nombre vino con los abuelos de Cataluña.

Una vez andaba mi hijo Juan Manu buscando piñateles. Se encontró con un aldeano que estaba cortando helechos, vio éste los piñateles en el cesto de mi hijo y le dijo que los tirara, pues aquellas setas eran malísimas. Según el aldeano se llamaban *Galdizen perretxikoak*. Se lo comentó Juan Manu a Ramón Solano y éste le contó que sabía por su padre que se las llamaba así por un Galdiz que había habido en el chalet que hay pegado a los acantilados cerca de Ea, el cual era un tragón terrible y pasaba por ser el único que tenía el estómago resistente para las setas tóxicas y otros venenos.

Solía salir yo muchas veces de paseo con mamá, con Josefina Ortega, su hija Angelines Madrazo y mi hijo Juan Manu a coger piñateles. Con Rosario Solano y con su hija Matxalen, solía ir a por bellotas para un cerdo muy peligroso que tenía Rosario, que perseguía a la gente por el jardín.

Nosotros también quisimos criar, los años de después de la guerra, un cerdo en el jardín a base de sobras de comida. Pero como las sobras no existían, hubo que completar la dieta del cochino con harina de pescado. El cerdo pasaba tanta hambre que mi marido decía que era afilado como un cuchillo y que sólo tenía perfil. Se subía al árbol del jardín. Según Pablo, lo hacía para entretener al hambre, cantando como un pájaro. Lo matamos cuando llegó el momento y descubrimos con asco que sabía a pescado más que a otra cosa. Me imagino que sus restos terminarían transformados en jabón, que también fabricábamos en el jardín.

Algo parecido a lo de los piñateles ocurrió con el rape, que en Lekeitio se llama sapo. Antes de la guerra se despreciaba y fueron los catalanes veraneantes en San Sebastián que quedaron copados al estallar la guerra sin poder volver a su tierra los que nos lo enseñaron a valorar. Se les fue acabando su dinero y uno de sus recursos era comprar por cuatro perras los sapos que en el puerto se despreciaban[10].

En cuanto a los pájaros era muy aficionado Piotxu, el tamborilero, el abuelo de D. Benito, el actual párroco. Tocaba el tamboril en las

10 San Sebastián se portó muy bien con estos catalanes y la ciudad de Barcelona, en agradecimiento, regaló a la donostiarra la fuente luminosa de Amara, proyectada por un Bringas.

romerías, en los pasacalles y en las procesiones solemnes. A los pájaros tenía una afición tremenda. Les enseñaba a silbar melodías: los ponía delante de un espejo y él tocaba el txistu. Aunque parezca increíble, los pájaros aprendían.

Teníamos en Lekeitio un músico mayor, que se llamaba Beobide. Le llamaban de burla Ikusi-camino. Era de fuera del pueblo. Una de las Ordorica, Dolores, era por entonces medio novia suya. No llegó la relación a nada porque Dolores ha muerto soltera hace poco. En el pueblo sacaron a la pareja una canción que rezaba:

"Dolores estaba
en el mirador
haciendo las señas
con el "diretor".
Su madre le dice
Dolores por Dios
que tú eres muy joven
que tú eres muy joven
para el diretor.
¿Quién es ese músico
que toca la composición?
Que se llama "Franchulé"[11]
Chibiri-biri-pompón".

Médicos que yo recuerde estaban D. Eusebio Izaguirre y D. Luis Céniga. El de casa era D. Eusebio. Era natural de Villaro. Vivió en la casa de los Larrazabal. La casa tenía la puerta donde desemboca la calleja de S. Pedro Baltza y abarcaba con su huerta y su jardín lo que fueron las cocheras de los autobuses, llegando hasta el Banco Bilbao Vizcaya actual. Los Larrazabal, que también eran Arancibias, dejaron de vivir ahí y se fueron a la casa solariega de los Arancibias encima de la plaza, un portal más arriba de la taberna del Tía Fran. A D. Eusebio le faltaba la epidermis de la cara. La tenía como escocida, feísima. Los niños decían que tenía piel de cocodrilo. Llevaba medio bigote, en vez de bigote entero. Cuando se hizo médico podría haberse quedado ocupando una buena plaza en Bilbao, pero él, consciente de que su físico era desagradable, prefirió buscar un mayor anonimato en el pueblo. Vivía con dos muchachas mayores, una de las cuales se llamaba Romualda. Era de los médicos que dejaban a los enfermos pobres un dinerito debajo de la almohada, siempre con discreción. Solía caminar por la calle con las manos a la espalda. Cuando veía algún niño sacaba del bolsillo unos caramelos, que se llamaban huevos de paloma, los deslizaba en sus manos y seguía caminando muy serio. Los niños se los cogían. El hacía como si no se hubiera enterado, serio, serio. Igual que don Alejandro de la Sota en Bilbao, que el día de los Inocentes se pegaba un monigote en la espalda del gabán y salía de casa diciendo *voy a darme una vuelta a hacer reír a las añas y a los niños*. Yo tuve a mis dos hijos mayores con don Eusebio. El pobre Izaguirre estuvo en Lekeitio hasta la guerra. Cuando llegó ésta, de miedo de que le hicieran algo, se tuvo que marchar. Después de la guerra volvió y siguió ejerciendo su profesión durante muchos años. A mi hermano Isidro cuando se estableció en el pueblo le dio muy buenos consejos.

El día de la romería de Mendexa el cura, el alcalde y otras autoridades del pueblo daban una comida a la que todos los años invitaban a D. Eusebio. No era Izaguirre bebedor, pero un año se agarró una borrachera imponente. Quería mucho a mi hermana Elena y sabía que la abuela Fabiana le había prometido una sortija para cuando fuera mayor. Izaguirre, bajando de Mendexa, decidió que era el momento oportuno de ir al Campillo a convencer a la abuela de que le diera de una santa vez la sortija a Elena. La abuela solía estar en el comedor. Estuvo un rato Izaguirre hablando con ella de la dichosa sortija. A todas luces se advertía que nuestro médico había soplado de lo lindo. La abuela era asmática e Izaguirre cuando la visitaba solía pegarle la oreja a la espalda para escuchar su respiración. Aquella tarde pretendió hacer lo mismo, pero cuando recostó su cabeza sobre la abuela se quedó dormido y empezó a roncar. ¡*Qué horror! ¡Quitadme a éste de encima*!, gritaba la abuela.

Don Luis Céniga era el otro médico de Lekeitio. Tenía la consulta en el puerto. Los Cénigas eran medio oriundos de Mundaka, medio de Lekeitio. Creo que más bien de Mundaka. Fue D. Luis el que dio unas clases de enfermería a mi hermana Elena, Carmen Laucirica y otras chicas. El pueblo estaba dividido entre D. Luis y D. Eusebio. Ellos eran amigos, pero muy distintos. D. Eusebio era de emplastos y D. Luis de bisturí. D. Luis además era dentista y atendía en su casa del puerto. Había realizado los estudios en Estados Unidos, en Filadelfia, y había cogido allí mucha destreza con la cuchilla. Nuestro médico era D. Eusebio y D. Luis nuestro dentista.

Mi madre una vez paseando se tropezó y se cayó al suelo. Con el golpe perdió un diente. Fue corriendo a donde don Luis Céniga y éste la mandó de vuelta a buscar el diente caído. Lo encontró. Don Luis se lo implantó y fue uno de los pocos que conservó hasta el fin de su vida.

La gente en Lekeitio usaba choclos y alpargatas, y algunos, sólo para las ocasiones, zapatos de cordones y botas. Lo más normal en invierno era ponerse un calcetín gordo de lana y encima el choclo. Me acuerdo, viviendo en Arranegi, oír el ruido de los choclos de los marineros al ir a los barcos de madrugada. El sonido daba tristeza.

Zapaterías había varias. Una, de Diego el zapatero, en el mismo sitio en que hoy está la de la cuesta que sube a la Compañía. Cuando Diego se retiró, dejó de ser zapatería, y luego mucho más tarde volvió a serlo. Un poquito más arriba de la tienda de Jesusa Lorito estaba la zapatería de Trotiaga. Entre las dos, la carnicería de los Legarza, a cuya familia pertenecía un cura que en Madrid solía venir acompañando al P. Sarasola cuando venía de visita a casa.

Enfrente donde hoy hay una cordelería, estaba la alpargatería de Martina. Su marido solía estar sentado en la calle en una banqueta especial, con un resalte sobre el que ponía una plantilla, alrededor de la cual iba colocando la cuerda de esparto como si fuera una trenza. Luego con una aguja larga iba atravesando el esparto para que quedara fijo. Después una fila más y a continuación otra vez la aguja. En los negocios de las alpargatas el hombre de la casa solía ser el suelero y la mujer la que se ocupaba de cortar la tela y coserla después. Mi padre debía ser muy impertinente para las alpargatas. Le gustaba llevarlas inmaculadas y perfectas. Las había en punta y achatadas. Las elegantes eran las rematadas en punta. Generalmente no se les ponían cintas, aunque sí a unas especiales, que sólo se llevaban en fiestas.

11 Según José Banda, este Franchulé es nada más y nada menos que Franz Schubert.

Arranegiko zabala, B. Sobrado, c. 1925 SOB9x12-20_03. Vitoria-Gasteizko Pilar Aróstegui Udal Artxiboa

**El barrio de Arranegi**

Cuando mis hermanos fueron a estudiar a Madrid dejamos la casa de la playa en la que habíamos estado de alquiler y pasábamos el verano en la casa de Arranegi, Zaldundegi, que era de la abuela Presenta. Nuestros vecinos eran los de la calle Narea. Estaban los Nanus; dos Yuyus; Uskiloi, casada con Justo Akulia, con su hija Jobita y el hermano querido de ésta, conocido como Gure Canuto, que con el tiempo fue portero del club de pesca y daba a los niños clases de nudos; Juana Perkura; Mercedes Txori; José Sorriandi; Juana Okelerre, con su hijo Keronimo poperre[12]; Juana era la hermana de Damián Egia, más conocido como Damián Gijas, el marinero de la emperatriz Zita; María Alabatxu, bermeana; Benito chiquitín; Txankarra; María Aketa, con un montón de hijas. Decía María que quedaba en estado cada vez que bebía agua de la fuente. También eran de la calle Narea unos ladronzuelos de poca monta, que una Navidad arramplaron con unas gallinas.

La vida de José Sorriandi, de la calle Narea tiene tela. Se marchó a la legión. Apareció mucho después con los dientes de oro, le había ido bien.

Cuando había boda la gente del pueblo acostumbraba a llevar a la Iglesia un mantel sobre una bandeja de plata. A mamá le solían venir a pedir prestada la bandeja.

En las casas se comían muchas patatas, mucho pescado y tocino en abundancia. Las casas de los marineros tenían un olor especial. Las ropas mojadas con agua de mar, puestas a secar, dejaban un olor inconfundible. De ese olor, mezclado con el del pescado frito, estaba impregnado todo el pueblo. En el astillero de Mendieta a la mezcla de esos olores se sumaba el aroma dulzón de la brea.

Mamá, como su hermano Víctor, era aficionada a dar bromas. Teníamos una tía soltera que vivía debajo de nosotros en Arranegi. Los domingos solía haber en la iglesia una función que se llamaba vísperas.

12 Se le llamaba Poperre porque una vez se había apoyado sobre la chapa de la cocina y pasó una buena temporada sin poder sentarse cómodo.

Kaxarranka frente a la casa de Zaldundegi en Arranegi, primer tercio del XX

Mamá decidió darle un susto a la tía a la vuelta de la iglesia. La esperó escondida con un disfraz en el portal y en cuanto apareció la tía, empezó mamá a darle gritos. Le dio un ataque. Mamá se llevó un susto casi más grande que el de la tía. Se metió corriendo en casa, se quitó los disfraces y bajó a auxiliarla. Esos sustos a veces salen fatal.

Cuando fuimos a Arranegi nos compraron bicicletas a todos los hermanos. Las teníamos colgadas con un gancho de la pared del portal de casa. Más de una vez algún turista nos preguntó si alquilábamos bicicletas. Un chaval venía a casa todos los domingos, a ponerlas a punto: engrasaba las cadenas e inflaba las ruedas. Ese chico se fue luego a América y nos escribió una carta muy fantasiosa. Se había encontrado con lobos y con zorros. Su padre vivía ya allá cuando él marchó. Algunas tardes íbamos hasta Deba, o hacia Markina, a Gizaburuaga, a Mendexa... La cuesta de Mendexa costaba una barbaridad subirla sin bajarse de la bicicleta. Una vez Nieves Solano y yo llegamos tan asfixiadas que nos tuvimos que tumbar al lado de la iglesia. La abuela Fabiana me regaló una bici estupenda, una BSA, de cambios, que pesaba más y era más grande que las de mis hermanos. Se la compramos a Jacinto el relojero, que tenía representación de bicicletas. Le daba Jacinto a muchos negocios, pues aparte de la relojería y de las bicicletas, tenía perfumería, cosas de fotografía y vendía seguros. Los cambios no los supe usar nunca. Jacinto me puso cuando la compramos el piñón normal y ya nunca lo cambié. Subía a base de pedales, con mis propias fuerzas. Cuando volvíamos de andar en bicicleta, nos cambiábamos de ropa y nos íbamos a pasear a la plaza hasta las nueve o cosa así.

Mi hermana Teresa de niña fue monísima, una preciosidad. Un verano, de jovencita, conoció a unos chicos extranjeros que pasaban las vacaciones en el pueblo. Ya en su país quisieron escribirle una carta a Teresa, pero ni sabían la dirección nuestra en Arranegi ni recordaban el nombre de mi hermana. Entonces dibujaron un pequeño mapa de la plazuela de Arranegi, señalando nuestra casa con una flecha y encima escribieron *a la chica más guapa de Lekeitio*. La carta llegó.

Calle Narea, década de 1920. Fotografía de Norberto Mendezona

**De curas y enterradores**

En la parroquia había un montón de curas, ocho o nueve fácil. Salían del seminario a montones. Cada vez que se ahogaba un hombre en la mar, algún alma caritativa protegía a uno de sus hijos y le pagaba los estudios de cura. Se les elegía al buen tuntún, así que me imagino que luego habría muchas crisis de vocación. Mamá amadrinó a uno de esos chicos. Los curas de mi época eran D. Pedro Pé de Bustindi, D. Félix, D. Antonio, D. Teodoro, D. Enrique, el agonizante, que vivía en la compañía y al que se llamaba de noche cuando había una urgencia, y otros más que no me acuerdo.

Solían los curas pasear cuando no llovía por el muelle que da a la bahía que por eso se llama de los curas. Todos de sotana negra, larga hasta los pies y teja en la cabeza. Las vísperas de primer viernes de mes había colas en los confesionarios. D. Teodoro hablaba a gritos y a la gente le daba apuro confesarse con él. Una vez estaba don Teodoro predicando en el púlpito. Había en Lekeitio dos chicas guapísimas, una Dadis Zabilia, hija de un sastre, y la otra Carmen, hija de los Zabala que tenían fábrica de conservas. Entraron en la iglesia con Don Teodoro en el púlpito, con sus tacones, tac, tac, tac. *Aquí entran los caballos de la iglesia*, dijo Don Teodoro. Todas las mujeres mirando al suelo horrorizadas. D. Félix era más suave y tenía más parroquia. Don Félix era Chelepe. Había misas a todas horas. Todo el mundo iba a misa, excepto algunos pocos que leían el Sol. Los anticlericales frecuentaban el círculo republicano que estaba encima de la tienda de azulejos que ahora hay poco más o menos enfrente de la pastelería Santi. Cuando los pescadores se iban para varios días acudían a una misa a las cuatro de la mañana, que se llamaba la misa del alba.

En el convento de las dominicas hubo un fraile muy majo, el Padre Garrastachu, muy devoto del hoy santo y entonces beato Valentín de Berriochoa. Estudió su vida y le dedicó una biografía. Garrastachu era bruto, torpón, pero entrañable. No debían estar sus superiores dominicos muy contentos con su actuación en el convento porque lo desterraron a Ávila. Se sintió un pez al que han sacado del agua. Una del barrio, Bitore, que quería mucho a Garrastachu, fue a visitarle a su exilio y Garrastachu fue rotundo cuando le respondió a la pregunta de cómo se encontraba: *jodido*. El empeño de toda la vida del padre Garrastachu fue la santificación del beato Valentín de Berriochoa, más por cabezonada que por otra cosa. Para celebrar el sexto centenario del convento de dominicas, el segundo más antiguo que esta orden tiene en España, después de uno de Valladolid, creo, escribió una historia del convento, llamada *Seis siglos de aventuras*, con poco fundamento y muchas mentiras a favor de la orden. Mi hijo José Miguel y Joaquín del Valle, que se dedicaron a la historia con más rigor, le rebatían.

Cuando moría un familiar se celebraban en su casa nueve días de rosarios. Ahora son sólo tres días y en la parroquia. Al novenario acudían los amigos más cercanos de la familia a acompañarla y a rezar con ella. A algunas casas iba Don Pedro Pé y a otras la tía de Vicente Eiguren, experta en gaubelas. En éstas se sacaba de comer y de beber y más de uno acababa un poco piripi. También se celebraban rosarios en el convento en euskera. Acudía mucha gente. El actual fraile prohibió a las monjas rezar en euskera, la gente dejó de asistir y los rosarios se trasladaron a la parroquia con lo que las monjas perdieron los ingresos que estas ceremonias les proporcionaban. Otra cosa que el fraile hizo fue cerrar el pórtico público del convento en el que solían jugar los niños cuando llovía o se sentaban las mujeres a hablar, ponerle unas verjas altas acabadas en punta y reforzarlas con alambre de espino. ¿Para qué? Para poder guardar su coche. Esto lo dice todo.

Cuando en casa se ponía un familiar a morir se llamaba al agonizante para que le ungiera con los óleos. Iba a la casa portando el copón con el Santísimo, protegido por la capa. Un monaguillo le precedía tocando la campanilla para abrir el paso.

Un año por San Antolines teníamos unos amigos franceses de visita en casa. Estábamos una tarde presenciando a un grupo de danza vasca en la plaza. Todo el pueblo estaba allí. En una de éstas salió el cura de la iglesia con las sagradas formas, con el monaguillo tocando la campanilla por delante de él y empezó a subir la cuesta que va al Ayuntamiento. Los danzaris se arrodillaron y el que portaba la bandera la inclinó hasta tocar el suelo. La gente, con la cabeza gacha, se recogió emocionada. El fervor popular tiene algo de emocionante.

Cuando alguien moría, se vestía al difunto con sus mejores ropas y se le metía en el ataúd, que se dejaba con la tapa abierta en la mejor habitación de la casa. Esa noche se hacía la gaubela. Por la mañana se abría la puerta de casa y las amigas del finado o la finada subían a casa a verlo por última vez. Por la tarde, una hora o así antes del funeral, eran los hombres del pueblo allegados al difunto los que subían a casa. Le echaban agua bendita encima, salpicando el cadáver con una ramita de laurel, y rezaban un pater noster. Detrás del ataúd los hombres de la casa y de la familia, en pie, recibían serios las muestras de dolor y condolencia de sus vecinos, cosa que hacen éstos con una dignidad y una naturalidad impresionantes[13]. Los hombres, una vez rendida esta última visita, bajaban a la calle y esperaban a que se sacara el féretro para llevarlo a la iglesia. Mientras tanto, las mujeres iban directamente al templo. El último en llegar a la casa era el sacerdote, quien echaba un responso antes de cerrar la tapa del féretro y salir hacia la iglesia para celebrar el funeral. Camino de ésta encabezaba la procesión de los hombres el cura, sosteniendo la cruz a la altura del pecho. Le seguía el féretro y en riguroso orden según el grado de allegamiento al muerto y dentro de éste según la edad, los familiares y los amigos, todos detrás del ahijado que iba el primero, incluso delante de los hijos. El ser padrino tenía más importancia que ahora. Se llevaba esa responsabilidad con seriedad y en casi todos los casos los padrinos cumplían sus obligaciones. El padrino debía ocuparse del ahijado si a éste le faltaba de niño el padre.

En la iglesia los familiares y amigos más cercanos ocupaban el honra-buru, que viene a ser algo así como la presidencia. Una vez le dije a José Amorebieta, el carpintero, que a mi muerte esperaba que se sentara en mi honra-buru. Él sin sentirse demasiado honrado me dijo que ya contaba con ello. Los hombres se sentaban a la izquierda según se mira al altar y las mujeres a la derecha, nunca mezclados. Las plañideras de los funerales yo no las he conocido. Creo que en los siglos pasados las ordenanzas municipales habían combatido todo tipo de excesos artificiales, y fueron eficaces porque no llegaron con sus gritos y lágrimas incontenibles hasta el siglo XX. Tras el funeral se iba al cementerio. Las mujeres antes no iban. Sólo iban los hombres.

Acabadas las ceremonias fúnebres el que podía encargaba treinta misas por el muerto. Se celebraban fuera del pueblo para no colapsar

13 Caro Baroja resalta la naturalidad y dignidad con que los hombres vascos realizan estas visitas.

Salbe Jaungoikoaren
Ama orban bakua
Lekeitioko izar
Antiguakoa.
Zeuk bigunduten dozu
Itxaso asarria
Zeure kontura dago
Marinel tristea;
Salbe bat kantau eta
Besterik bagarik
Sarri ikusten dira
Librauta arriskutik,
Arriskutik, arriskutik.
Zeuk bigunduten dozu
Itxaso asarria
Zeure kontura dago
Marinel tristia,
Marinel tristia,

la parroquia. Estas misas se llamaban las gregorianas. Yo en una ocasión se las encargué al padre de Pascual Algorta, que tenía un hijo cartujo. Les puse un giro y me las cantaron.

La canción de misa que más me ha gustado ha sido la Salve de la Antigua. Cantándola me entraban siempre ganas de llorar.

Hubo un enterrador extraño en el pueblo, digno de leyenda. Se ocupaba de una huerta que tenía mamá cerca del cementerio. Cuando los rojos abandonaron Lekeitio, pegaron fuego al palacio de Uribarren. Se dijo que habían quemado dentro del palacio a un hombre, que se había negado a evacuar. Pero el cadáver no apareció entre las cenizas, así que se habló mucho de lo que le hubiera podido pasar. Por aquella época mi hermano Miguel, que iba mucho a la huerta, se encontró un día, removiendo la tierra, unos huesos y pensó que eran los del desaparecido. Los envolvió en un trapo y se los llevó a casa. Mamá pensó que el enterrador se había prestado a ocultar el cadáver y lo había hecho en su huerta. Muy apurada, prefirió ocultar el hecho para no meter en un lío a aquel hombre extraño, al que si bien no le tenía cariño no le quería mal. Envolvió los restos con mucho respeto en un trapo algo mejor que el que había encontrado Miguel en la huerta y los ocultó. Pasó unos días apurada, pensando que tenía al difunto en casa. Al cabo de una semana o así, la fue a visitar mi hermano Isidro y mamá le confesó su preocupación. Isidro vio los huesos y dijo que no eran de hombre, sino de cachalote. Los aldeanos solían llevar a la huerta los restos de cachalotes para usarlos como abono, igual que las tripas de anchoa que les daban en las fábricas de conserva. Las transportaban hasta sus huertas sobre sus carros, chorreando agua y sangre, malolientes. El olor del pescado pasado es penetrante y le revuelve a una entera.

Un nieto de este enterrador es de las personas que suele ir mucho al cementerio. Resulta raro cuando un joven se hace asiduo del camposanto. Va a menudo. Si estoy fuera o enferma, él se ocupa un poco de nuestra capilla, quitando los yerbajos y el polvo. Nunca se lo he pedido, pero él lo hace. Cuando tras una temporada sin verme, aparezco de nuevo por el cementerio, él desde lejos, sin decirme nada, me mira como pensando que aún vivo. Es un chico extraño, pero fiel y leal.

Antes de que hubiera crematorio, había ciertas tumbas, que no eran en propiedad, sino que se usaban en alquiler. Pasado un tiempo de respeto desde la muerte, sacaba el sepulturero los restos de los enterrados para hacer sitio a los nuevos cadáveres. Dejaba los huesos en un rincón a la vista de los que subían al Calvario por el camino. Mis hijos solían trepar la tapia del camino para ver las calaveras y las tibias.

Las vísperas de Todos los Santos y Difuntos solía ir Marta, la muchacha, a limpiar y poner en orden nuestra capilla. Un año que fue con mi hijo Juan Manu, que era un chiquillo, se entretuvo demasiado y al ir a salir se encontró con que la verja del cementerio estaba ya cerrada.

Imagen de la Virgen de la Antigua de Lekeitio

Se hizo de noche y empezaron a ponerse nerviosos. Juan Manu saltó la tapia a la altura del osario, por donde es más baja, y fue buscar al enterrador a su casa.

Recuerdo que en una ocasión fui con mi nieto Rodrigo a dar un paseo hasta el depósito de agua del Calvario, que queda justo encima del camposanto. Rodrigo era muy pequeño. A la vuelta le dije que íbamos a visitar a mi marido al cementerio. Al dar la curva donde está la imagen de la virgen, vimos que venía hacia nosotros el enterrador, cojeando, con un sombrero de paja. Rodrigo pensó que era el abuelo. Me dijo el niño: *abuela, no le digas*. Quería decir que no le hablara, que le dejara pasar.

Antes que este enterrador extraño, hubo otro que se llamaba Ciarreta. Parientes suyas eran unas chicas que tenían una tienda de ropa debajo de nuestra casa de Arranegi, con el mostrador en el mismo portal. Ramón Ibarra les prestó dinero y ellas andaban mal para devolvérselo. Ramón solía pedírselo de malas maneras. Las chicas temblaban de miedo cada vez que veían a Ramón. Mamá les propuso saldarles la deuda y que ellas se la fueran pagando a medida que mamá fuera necesitando toallas y sábanas.

Los alguaciles
Antolin Zapirain (1) y
Juan Piñel

**Alguaciles, serenos, carabineros, atalayeros y demás**

Alguaciles recuerdo a Antolín y a Juan Piñel. Antolín era abuelo de los Acarreguis que quedaron huérfanos, y él, sacrificándose mucho, sacó adelante a sus nietos. Antolín cobraba a las aldeanas y a las pescaderas el canon por vender sus productos en el pórtico del Ayuntamiento cuando llovía. Con las sobras que las aldeanas no vendían alimentaba a sus nietos. Hacían los alguaciles cosas de poca importancia. Iban por el pueblo con una varita en la mano diciendo orden, orden. Cuando Isidro no quería ir a la escuela de doña Sol aparecía por casa Juan Piñel, pegaba unos golpes en el suelo con su bastón de cañita como llamándolo al orden y se lo llevaba. Eran Juan y Antolín queridos y entrañables.

Tiempo más tarde, fue alguacil Txomin, un tío del tabernero Juanito Bombillón, un hombre muy guapo que vivía en la calleja de San Pedro Baltza. También recuerdo a otro muy antipático.

Posteriormente a los alguaciles Juan y Antolín, hubo un par de serenos en el pueblo, que se las arreglaban para mantener el orden, incluso en fiestas. Se llamaban Victoriano y Jesús. Uno de ellos había estado con Pancho Villa. El alcalde de la época les armó, entregó a cada uno una pistola y les recomendó que hicieran ejercicios de tiro para familiarizarse con su uso. Una noche en la plaza de Gamarra decidieron los serenos hacer un simulacro de atraco. El de Pancho Villa dijo al otro que fuera al Banco de Vizcaya, que estaba en el Eskolape y que hiciera como que intentaba entrar a robar. El sereno hizo lo que le indicó el de Pancho Villa y cuando estaba manipulando en la persiana, desde cincuenta metros de distancia apuntó y disparó sobre él, hiriéndole en una pierna.

Aparte de los alguaciles y de los serenos estaban en Lekeitio los carabineros. Antiguamente vivían en una casa sobre el acantilado de San Juan Talako, que tenían que desalojar cada vez que había temporal. En mi época vivían en las casas del puente que hace frontera entre Lekeitio y Mendexa. También tenían una caseta en la carretera de Ondárroa, cerca de la taberna Itxas-gane, a unos cinco kilómetros de Lekeitio, otra un poco más adelante de Anacabe, de la que hasta hace poco quedaban las ruinas, y una caseta en el muelle para vigilar el puerto. Eran los carabineros por lo general muy pobres. Sus mujeres trabajaban en las fábricas de pescado. En el muelle siempre había uno o dos de guardia, vigilando que no entrara contrabando. Permitían, de todos modos, que entraran algunas partidas para sacar unas perrillas y completar su mísero salario. Por la ría entró bastante tabaco y por Endairi montones de piezas para motores de Lambretta, ya en la época del proteccionismo exterior de Franco. A los carabineros cuando estaban a punto de jubilarse los destinaban a la ría de Bilbao como una oportunidad para que permitiendo el contrabando sacaran un complemento a su pensión.

La gente les quería. En cambio, a la guardia civil que tenía el cuartel en el portal de Atea no se les quería nada.

Atalayeros hubo varios. En la atalaya de Otoio, había uno que bajaba al pueblo a dormir y que subía a su puesto muy temprano. Hacía las señales con banderas, y cuando debía avisar a barcos faenando en la mar hacía una hoguera y el humo salvaba las distancias. Otro puesto había al este de Lekeitio, rozando con la casa de Pampo, desde donde se caía fácilmente por un atajo al segundo kilómetro de la carretera de Ondárroa. La chica que le llevaba la comida no tomaba ese atajo, sino otro por detrás de casa de mi hermano Isidro.

En el muelle, pegada a la torre Licona, vivían los Drungulu. Tenían una tasca, la taberna de Severiano, donde está ahora la taberna Antzarrak y antes estuvo la sociedad Kaialde, hasta que ésta se trasladó a su sede actual en la casa de *Perdigones*. La mujer de Severiano había recogido a todos sus sobrinos que habían perdido al padre en la mar.

Unos de los recogidos fue Eduardo, que marchó a América, estuvo por Venezuela, hizo amistad con Papillón y volvió en su vejez a Lekeitio. A su vuelta ya mayor, solía ir a tomar chiquitos a Kaigane y coincidía con mi hijo José Miguel, quien lo tenía por una persona amable y educada. La hermana de Eduardo se casó con José Kirru.

Había en Lekeitio un cartero que se llamaba Demetrio, al que no sé por qué se le apodaba Botero. Antes de marchar yo a Inglaterra había enviudado de una mujer muy chapada a la antigua. Era muy cariñoso. En todos los paquetes que me mandaban de casa a Ascot él ponía su notita: *Marichu, salada*. Se volvió a casar en segundas nupcias con una mujer, que cuidaba la huerta de mamá. Al morir Demetrio, su viuda se casó en segundas nupcias con uno de los Drungulus.

Hidroavión francés en la bocana de Lekeitio, 1917

La Drungulu tabernera estaba casada con Severiano. Severiano era el patrón del Miren Begoña. A bordo de su barco se había encontrado en alta mar un hidroavión a la deriva. Era de un modisto francés, que viajaba con su querida. Se había visto obligado a amarar cuando le falló el motor. Lo remolcó Severiano hasta Lekeitio. El modisto y su amiga en cuanto desembarcaron se fueron a Bilbao. El avión permaneció mucho tiempo anclado en la bahía, mientras se celebraba un pleito para ver quién se lo quedaba. Los críos se subían al avión para tirarse de cabeza al agua. En Lekeitio le sacaron canción a Severiano:

"Aeroplano bi pasa-ta
bat itsasora jausi (bis).
Ekarri
Severianok, ekarri (bis)
Severianok
barran pondo emonda itxi..."

Severiano era como uno de los personajes del puerto de la novela de "*Shanti Andia*". Contaba con toda seriedad unas aventuras fantásticas que a mi hijo Juan Manu le dejaban de niño con la boca abierta. En la pared de la taberna, colgados, tenía dos cromos enmarcados con escenas terribles. En uno de ellos, un explorador en el Ártico, vestido con pieles, luchaba, armado con un cuchillo, con un gigantesco oso polar. El personaje de los cromos era, por supuesto, Severiano, que contaba los hechos con una precisión y un lujo de detalles escalofriantes.

En la segunda guerra mundial trajeron a Lekeitio otro avión que habían encontrado en alta mar a la deriva. Era alemán. Iban volando dos hidroaviones en pareja cuando uno de ellos se quedó sin gasolina y tuvieron que amerizar. No se les ocurrió a los pilotos otra idea mejor que abandonar el que se había quedado con el tanque vacío e ir en el otro a por combustible. Cuando regresaron ya no lo encontraron. Había pasado por el lugar un barco de Lekeitio, había atado un cabo al avión y se lo había llevado a remolque. Volvieron los alemanes a su base que creo que estaba en Biarriz y allí mismo fusilaron al piloto que había abandonado su nave. Me parece que el que trajo el avión a Lekeitio fue el padre de Pilar Ogeiko. Pensó que le iban a dar el oro y el moro por la presa capturada. No vio un duro. Un día llegó orden de que se llevara el avión a Bilbao y, anclada en Erandio, esperó la nave el momento de su desguace.

Los de Lekeitio también capturaron una boya enorme con una campana que se había soltado en un puerto de Normandía. Esas boyas con campana eran de utilidad los días de niebla. La boya suelta, dando campanadas por las noches, aterrorizaba a los marineros que siempre creen en fantasmas. Se hablaba de ella en todos los puertos del norte y hasta los que no la habían oído comentaban su sonido. La atraparon los de Lekeitio. Era una boya con una torre muy alta. Estuvo mucho tiempo en la bahía y los chavales también se subían a ella para tirarse de cabeza al agua.

La gente de Lekeitio ha sido muy movida. Es cosa de los vascos, en general. El padre de la abuela Presenta, José Martín Laca, capitán, decía que no había estado en ningún lugar del mundo donde no hubiera hallado un vasco. Una vez estuvo en alguna parte del Caribe. Se embarcó y de pronto oyó al oficial llamando Txo al grumete que estaba subido en el mástil.

Hubo varios de Lekeitio hasta con Pancho Villa. Uno creo que fue un hermano de Rosario Arana, el mayor, que con diecisiete o dieciocho años marchó a América. No volvió por Lekeitio. Otro de los hermanos de Rosario marchó a Méjico, se casó allí e hizo cierta fortuna. Buscó a su hermano mayor pero no fue capaz de dar con él. Quien sí lo encontró fue uno de los Endeizas, el marino. Se topó con él en Los Estados Unidos, muy mayor y cojo. Había sido de todo: pastor, croupier y minero. En las minas había sufrido un accidente del que le quedaba la cojera.

La campana en Lekeitio ha tenido siempre protagonismo. Cuando había temporal sonaba tan, tan, tan, ... Era escalofriante. Si sonaba así, significaba que los barcos estaban en la barra, entre la isla y el rompeolas, contando las olas, esperando que pasara una con suficiente fuerza para meterles en el puerto. A veces la cogían equivocada y tenían que volverse para atrás en espera de una más definitiva. Había gente que iba a la tala a contemplar a los barcos en la barra. Los familiares de los marineros seguramente se quedaban en casa rezando. Esos espectadores iban buscando el morbo. Pero no recuerdo yo que en la barra haya habido nunca algún naufragio. La campana, sonando, les indicaba el camino a seguir. Los días de temporal, con lluvia, con la campana, siempre eran tristes.

También sonaba la campana de manera especial cuando había incendio. Hubo uno en casa de los Algortas. El pasillo de nuestra casa, que lleva de la calle a la cocina de abajo, lo recuerdo lleno de bicicletas traídas de casa de los Algortas. Juanito con otros voluntarios se subió al tejado y desde arriba vaciaron dentro de la casa cubos y cubos de agua, que subían atados con cuerdas desde la calle. Llegaron los bomberos y acabaron de apagarlo. Se dejaron un casco olvidado con el que jugaron mis hijos durante toda su infancia.

Echezabal, la casa de los Madrazo, también se quemó. Otra que se quemó fue la que está al lado de la de Conchita Aróstegui y delante de la de los Madrazo. Cuando la reconstruyeron levantaron un piso más. Los Madrazo se enfadaron mucho. Siempre te da rabia que te quiten vistas.

Fuego había a menudo pues en las casas, construidas con madera, se encendían las chimeneas. Había bomberos, pero creo que tenían que llegar desde Gernika, con lo que para cuando llegaban poco o nada tenían ya que hacer. Una vez recuerdo que se pusieron a trabajar y no pudieron hacer nada porque trajeron las mangueras picadas.

Aparte de las campanas de temporal, las de alarma en bombardeo o las de incendio, doblaban de manera distinta por los muertos según fueran éstos hombre, mujer o niño. Las de hombre eran siete y las de mujer seis. Las de niño eran las txilintxua. Al oírlas se decía *angelutxua zerura*. También tañían de manera especial si había alguien agonizante.

Temporales he conocido horrorosos. Casi siempre tocaban cuando los marineros volvían al pueblo para la salbe-ederra, la víspera de la Virgen de Agosto, época muy dada a las galernas que se distinguen por la sorpresa y por los vientos a ráfagas del oeste muy violentos. Se hundían muchos barcos[14]. Hubo un temporal, del que se hablaba cuando yo era niña, creo que en 1912, en el que se hundieron varios barcos y con ellos más de cien hombres de nuestros puertos. El rey Alfonso XIII acudió a los funerales en Bermeo. He visto fotos de ello. Pero el que nos tocó vivir fue el de julio del 1961. Desaparecieron en el Cantábrico cientos de barcos. Mi cuñado Elías se fue a pique en su barco cuando iba a Noruega con dos marineros de Lekeitio: Salvador Licona, marido de Miren Ogeiko e hijo de Antón Licona, que luchó en el bou Guipúzcoa en la batalla de Matxitxako, e Iñaki Malutas. He oído contar que la mar era tan fuerte que en los barcos se dio la orden de que todo el mundo se metiera en la bodega y se cerraran las compuertas. Cuando intentaban comer, los garbanzos salían volando de la cuchara y había que cogerlos con la mano. Luego en el camarote, acurrucados en la litera, unos lloraban, otros se acordaban de la madre o de los hijos y todos se encomendaban al Altísimo. El mar rugía como un oso gigantesco y los hombres pensaban que cada nuevo golpe de mar sería el definitivo. Ese año murieron en Lekeitio Manuel Achurra y Marcelino Ituarte. Tras el funeral, todo el pueblo marchó al rompeolas y el párroco rezó un responso, mientras un barco salía a la barra a depositar en la mar una corona de flores. Algunos barcos volvieron sin cabina, arrancada por los golpes de mar, llegando a puerto con el impulso de la vela chica de proa. En el puerto las madres y las mujeres de los marineros llorando, rezando para que los suyos volvieran sanos y salvos. En ese temporal un golpe de mar desarboló el barco del padre de Juanito Bombillón y otro barco de Lekeitio que andaba cerca recogió a toda la tripulación. Sin embargo, el padre de Juanito se negó a abandonar su nave, quedándose solo, a pesar de la insistencia de todos sus amigos. No se fue a pique y llegó a puerto con la vela de proa desplegada.

A veces el temporal era tan violento que los bloques de sillería que forman el rompeolas quedaban arrancados de cuajo y eran arrastrados hasta donde está la cruz, que por lo menos en una ocasión quedó destrozada. Esos días caían riadas por la cuesta de la comandancia. Había que andar con mucho cuidado pues si te cogían te arrastraban hasta el agua y estabas aviada. Las barandillas del paseo de la tala se doblaron una vez hacia fuera, quedando tumbadas en la dirección del suelo. Creo que fue durante un terrible temporal que sufrimos en las Navidades de los primeros años de los cincuenta, cuando mi sobrino Javi Mendiguren vino de la Argentina a estudiar en Bilbao. Un petrolero se partió por la mitad. Uno de los trozos se podía ver desde la atalaya; el otro pedazo fue a parar a Zumaia. Una noche, en que se habían apagado todas las luces del puerto, un pobre marinero se enteró de que su barco había roto una de las amarras. Angustiado fue a asegurarlo. Al saltar a la embarcación, cayó al agua, quedando cogido entre el muelle y el barco. El barco lo aplastó y se ahogó. Era el muerto Julián "Txato". Años más tarde otro barco rompió amarras en el puerto, yéndose contra el muelle y hundiéndose allí mismo en muy pocos minutos. El patrón de este barco era hijo del ahogado años atrás. También recuerdo que una pareja de arrastreros, en uno de los cuales estaba de patrón Daniel Mendieta, el hijo de Ramón "Irritza" y de Facunda, se pasó todo el temporal capeando frente a Lekeitio, a la vista, pues no había posibilidad de entrar en ningún puerto, ni siquiera en Getaria que dicen que es el más abrigado.

Aparte de pescadores, había lekeitiarras embarcados en mercantes, que en sus derrotas camino de Pasajes o de Bilbao pasaban por delante de Lekeitio. Desde el último puerto o por radio avisaban a la familia del día y la hora en que tenían previsto pasar. La madre y los niños, con su ropa de domingo, iban al rompeolas. El barco se acercaba un poco, tocaba la bocina. La madre y sus hijos agitaban los pañuelos en el aire, diciendo adiós medio llorando al padre al que no llegaban a ver.

Los marineros en la pesca de la anchoa, a veces, se encontraban con que los bancos de ésta se quedaban en el fondo, tan abajo, que las redes no llegaban hasta ellos. En esos momentos era de inestimable ayuda para los marineros la aparición de los toninos, que al ir a comerse las anchoas, las espantaban y en su carrera hacia la superficie caían atrapadas en las redes. Alguna vez que los pescadores mataban un tonino por descuido o porque les daba la gana, repartían en secreto su carne como obsequio. A mí me daba un asco horroroso porque era de textura como hígado, pero de sabor entre carne y pescado. Yo los he visto en la bahía a donde habían entrado siguiendo a los barcos, desde los que los marineros les echaban en plan juego anchoas. No se les veía mucho, sólo asomando el lomo de su masa informe en la superficie.

Delfines he visto bastantes. Una vez, que paseaba por la carretera de Ondárroa con Rosario Solano vi un montón, cientos, cerca de la costa dando saltos fuera del agua, jugando.

En la playa, cuando bajaba la marea y aparecían las matxiko-salto, he visto yo bandadas enormes de gaviotas. Las matxiko-salto son un manjar para ellas. Después de comer suelen ponerse en círculo en torno a una que se queda en medio, como si estuviese hablando al grupo, antes de acometer alguna acción. Los marineros en la época de miseria del invierno, cuando no tenían pesca, iban a las peñas a por lapas y también pescaban gaviotas para comer. Solían volver al pueblo con las gaviotas colgadas de sus hombros, con las alas abiertas. Recordaban a los hombres del norte forrados con sus pieles blancas. La abuela Fabiana les compraba las plumas, las del pecho que son suavísimas, para hacer almohadas. Pablo, mi marido, nos contó que en la taberna de Prim, en el muelle, guisaban gaviotas de una forma deliciosa. No le creímos. *Que no puede ser, que si son muy duras, que si saben a pescado*. Para probar que era verdad, nos trajo a casa una cazuelita. Deliciosas[15].

En las épocas de miseria se recurría a las gaviotas y también a los colayos. Los colayos eran unos peces, que abiertos y sin tripas, se dejaban a secar colgados de un clavo en el camarote o atados como murciélagos a los barrotes del balcón. Luego se usaban para dar sabor a los guisos. Eran lo más pobre que había. A mi padre le encantaban y tenía siempre su pequeño tesoro secándose en el camarote. Un invierno entró un gato y se zampó todos los peces.

14 Carecían de cubierta

15 Va en contra de esto la tradicional receta para cocinar la carne de gaviota. Prescribe ésta lo siguiente. Desplumar el ave, sacarle las tripas y trocear la carne. Poner con un poco de aceite y agua de mar la carne acompañada por unas piedras de litoral bien limpias. Dejar hacer en el puchero tapado durante dos horas aproximadamente, y entonces tirar a la basura la carne y comerse las piedras.

Lekeitio, Antzar eguna. Postal de los años 30 del siglo XX

**Fiestas**

Por San Antolines se jugaba en la plaza a la gallina ciega. Se enterraba una gallina, dejando fuera el cuello, y al que deseaba participar, se le vendaban los ojos, se le daban dos vueltas alrededor de sí mismo para que perdiera el norte y se le daba una espada o un sable. Alrededor, en corro, todo el pueblo, diciendo al participante dónde se hallaba la gallina. Debía conseguir tocarle la cabeza con la punta del sable. Yo, al menos, no recuerdo que tuviera que cortársela.

Donde está hoy la estatua de Pascual Abaroa en la Alameda se ponía el tiro a pichón. La caseta era de Romualdo, natural de Vitoria. Solía ser el primero en aparecer por el pueblo. Lo hacía en su carromato tirado por un burrito por la carretera de Ondarroa, después de hacer las fiestas del pueblo vecino. Su llegada nos llenaba a todos los niños de entusiasmo. Era bajito y con barba. En su puesto había que disparar bolitas de corcho con una chimbera contra unos muñecos de cartón que al recibir el impacto se doblaban para atrás. Este hombre fue buenísimo en la guerra, pues atendió a todos los lekeitiarras encarcelados en Vitoria, llevándoles algo de comer o lavándoles la ropa. Siempre he pensado que en la silla de piedra de la estatua de la plaza, en vez de a Abaroa, se le tendría que haber sentado al bueno de Romualdo.

Al lado de Romualdo, se instalaba el fotógrafo. Tenía un coche de carreras o una avioneta hechos en cartón y una se ponía tras ellos, sacando la cabeza, con gorra y gafas. El fotógrafo metía la cabeza bajo la tela de su cámara, sacaba un pajarito y te inmortalizaba de un fogonazo.

Las barracas propiamente dichas eran unas cuantas tómbolas, que nos visitaban todos los años, con altavoces para la música. Churrería estable no teníamos en el pueblo, pero todas las fiestas llegaba una a Lekeitio.

Por la mañana los días de fiestas había concierto de música en la plaza. La gente acudía bien arreglada. Esos días de fiesta estaba mal visto ir a la playa. Por la tarde, en la plaza, había para los niños txistu y tamboril. Los hombres iban a la pelota al frontón y al salir, el que andaba bien de dinero, merendaba en el puesto de María Guevara. Al atardecer alternaba con la banda del pueblo una orquesta de Vitoria, que tocaba desde el quiosco de la plaza. La orquesta vitoriana era una banda militar, que volvía todas las noches a su lugar de residencia para regresar a Lekeitio al día siguiente. En el baile lo normal era que salieran a bailar las chicas juntas de dos en dos y que luego las cogieran los chicos. Cuando acababa el baile, los músicos recogían los instrumentos y todos los presentes acompañábamos a la banda hasta el autobús en pasacalles.

El día más importante de las fiestas era el de gansos. Había más seriedad que ahora y menos gentío. La algarabía empezaba por la mañana en el sorteo. Luego, por la tarde, la fiesta se contemplaba casi como una competición y nadie se echaba al agua. Eso de andar mojados vino más tarde. Los marineros venían al baile con una pluma de ganso en la cabeza.

El día de San Antolín a la Misa Mayor iba la corporación municipal en pleno, todos vestidos de frac. Cuatro individuos de bicornio portaban otras tantas banderas, cada una de ellas en representación de uno de los cuatro elementos. Con mucha solemnidad las hacían rozar contra el suelo. Al frente de la comitiva marchaba la banda municipal y a la entrada a la iglesia se hacía sonar una música especial para este acto. Tras la misa se sacaba en procesión al santo, con todo el pueblo detrás marcando el paso. Las campanas en algún momento sonaban a repique. Los críos, aunque estaba prohibido, subían al campanario y se columpiaban, agarrados a las campanas, mientras eran batidas. El dos de Mayo no recuerdo yo que se celebrase en Lekeitio. Ese día había actos en Bilbao, que consistían en una procesión de la guarnición de Garellano y de la corporación municipal hasta el cementerio de Mallona. De chavalitas solíamos ir a casa no me acuerdo de quién en el Campo Volantín a verla pasar. Ese día las chicas estrenábamos sombrero de paja con una redecita. El día del Corpus venían los de Zubieta y los de Uriarte al balcón de salón de casa que hace rotonda y desde el que se domina la cuesta del Campillo. Todos con cestitos de paja llenos de pétalos de rosas. Los íbamos echando a medida que pasaba la procesión con el Santísimo. En la calle Tendería ponían un altar muy elegante y allí se paraba la procesión antes de subir hacia nuestra casa para bajar hacia la iglesia. Para adornar el pequeño altar nos solían pedir candelabros. Tenemos fotos del tío Vicente de la procesión bajando la cuesta de casa.

En Santágueda los chicos iban por las casas cantando. Monasterio, el bermeano que cogió el cine Goraburu, introdujo ciertas modificaciones en la forma de cantar, dando más rumbo y quitando monotonía. Aunque había un grupo más oficial, formado por gente mayor, que salía del Batzoki, en Lekeitio el día de Santágueda era cosa de la chiquillería. Nosotros no participábamos. El día de Nochebuena salían a cantar unas mujercitas a la calle. Iban de casa en casa. Se les daba una propina y una copita. Cantaban algo de la vida de Jesús.

Miguel Salinas Arce en S Antolín, anterior a 1918. Fotografía de Vicente Salinas

En enero de 1999, cuando mi abuela Maritxu iniciaba sin saberlo su último año de vida, comencé a tomar nota de sus recuerdos.

Los fines de semana que podía acercarme a Lekeitio, recogía sus historias en una grabadora y luego, entre semana, yo las pasaba a papel, procurando tocarlas lo menos posible. La tarea se prolongó hasta la Semana Santa de aquel año.

Ella contaba a sus 89 años las historias de su niñez y primera juventud tal como las recordaba en su memoria, sin apoyarse en textos de ningún tipo ni recurrir a la ayuda que hubieran podido prestarle mi padre o mi tía para concretar este detalle o depurar aquel dato.

Debido a ello, en el texto puede encontrarse algún error, pero he preferido no corregirlo en beneficio de la frescura y viveza de su testimonio.

Estas páginas recogen parte de aquellos recuerdos: los que tocan al Lekeitio del primer tercio del siglo XX.